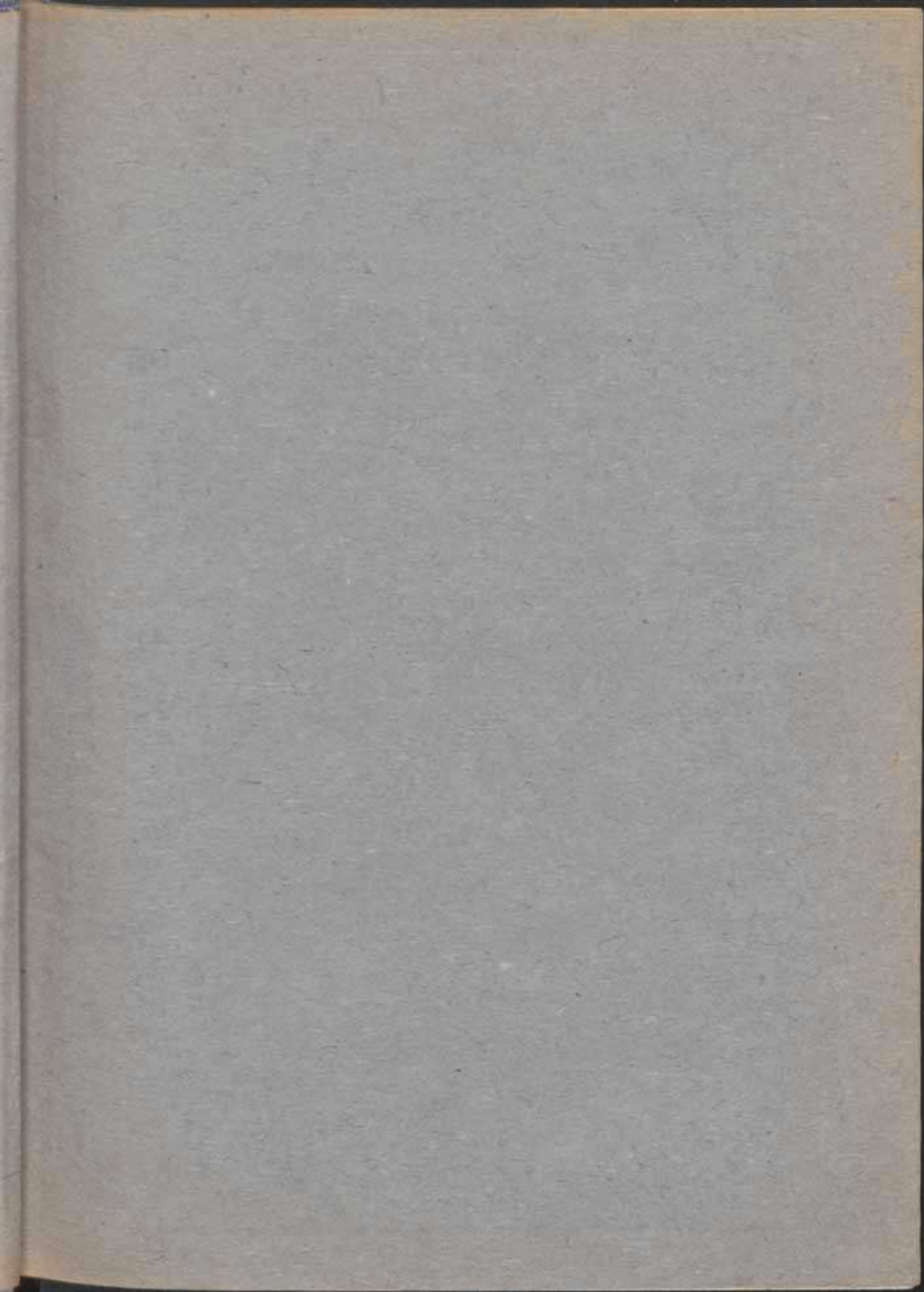


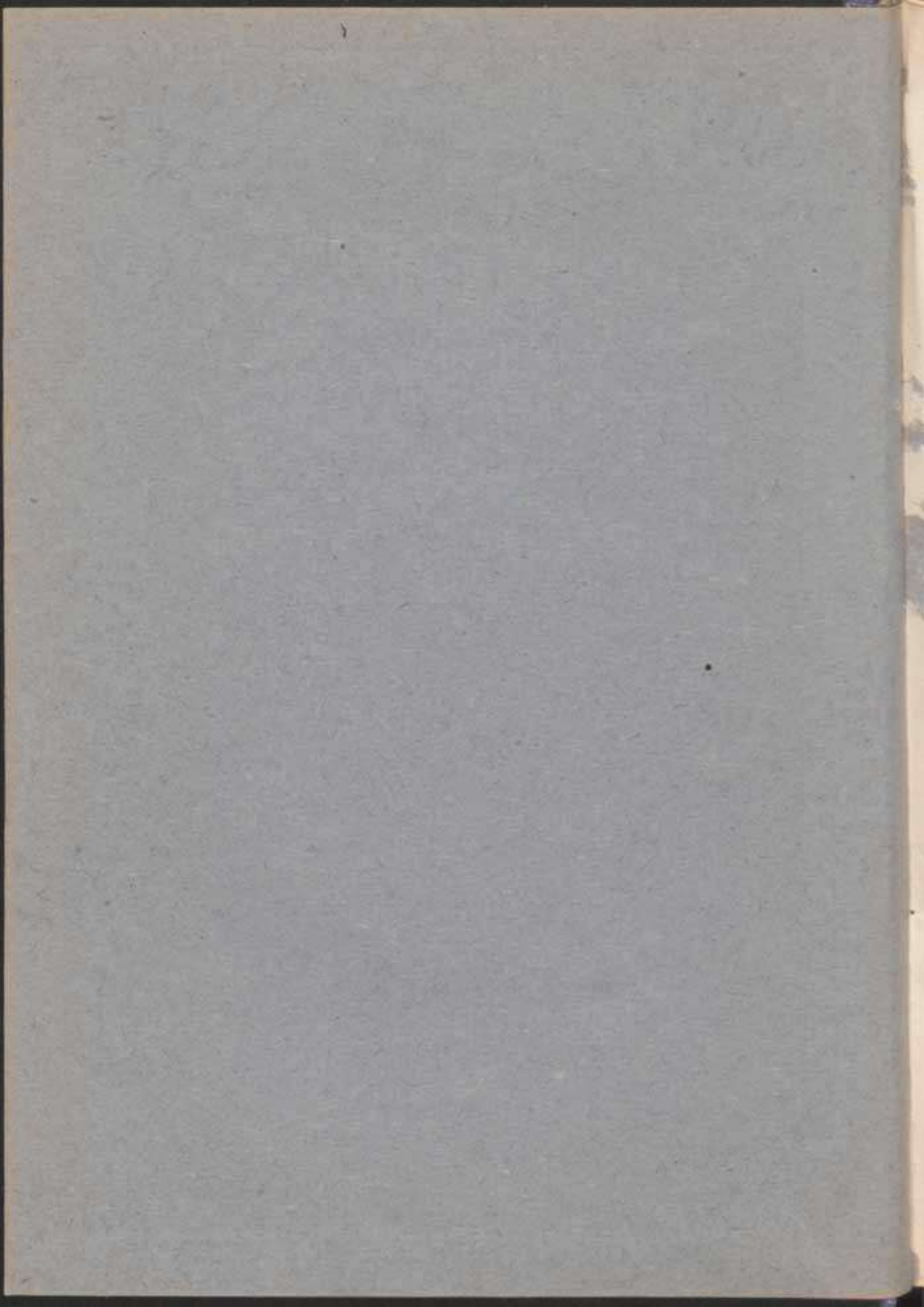
MAGALLANES



LOS GANESHEMERES

LE-2679







HERNANDO DE
MAGALLANES

VICARIATO CAPITULAR
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT

El Censor,
Jacinto Blanch
C. M. F.

Barcelona, 25 de Junio de 1924

IMPRÍMASE

José, Obispo de Barcelona

Por mandato de su Excia. Ilma.,

Dr. Francisco M.^a Ortega
de la Lorena
Scrio. - Canc.

P. 3 p. 22

LOS GRANDES HECHOS DE
LOS GRANDES HOMBRES

**HERNANDO DE
MAGALLANES**

El famoso navegante del siglo XVI

SU VIDA Y HECHOS

RELATADAS A LOS NIÑOS

por **JOSÉ BAEZA**

Ilustraciones de ALBERT

SEGUNDA EDICIÓN



PUBLICADO POR LA CASA EDITORIAL ARA LUCE
CALLE DE LAS CORTES, 592 : BARCELONA

PRINTED IN SPAIN

2

LOS GRANDES HECHOS DE
LOS GRANDES HOMBRES
HERNANDEZ DE
MAGALLANES

Es propiedad del Editor



ÍNDICE



	<u>Páginas</u>
<i>Prologo</i>	7
<i>I.—Los héroes del mar</i>	9
<i>II.—Hacia las islas de las especias</i>	19
<i>III.—La ruta ignorada.</i>	60
<i>IV.—El viaje</i>	63
<i>V.—El puerto de los gigantes</i>	75
<i>VI.—La isla solitaria</i>	86
<i>VII.—La hija del mar</i>	108
<i>VIII.—El Estrecho de Magallanes.</i>	116
<i>IX.—La tragedia.</i>	127
<i>X.—El viaje en su aspecto científico.</i>	140

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

Un jefe que lanzaba feroces gritos. Frontis

	<u>Páginas</u>
<i>...quedó encogido tras la popa...</i>	28
<i>...arrojóse ella a la hoguera...</i>	37
<i>...descolgóse una cachiporra....</i>	53
<i>—Y yo digo que quedas arrestado...</i>	69
<i>...vióse aparecer en la cúspide...</i>	77
<i>Con agilidad felina se asió...</i>	105
<i>—¡Estamos en el Estrecho amigos...</i>	123
<i>...un demonio llagado por las llamas...</i>	137



INDICE

1	Introducción
9	I - Los límites del mundo
13	II - El mundo en el tiempo de los romanos
20	III - El mundo romano
27	IV - El mundo
35	V - El mundo de los siglos
42	VI - El mundo actual
48	VII - El mundo del futuro
55	VIII - El mundo de hoy
62	IX - El mundo de mañana
69	X - El mundo en el espacio exterior
76	XI - El mundo de hoy

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

1	El mundo en el tiempo de los romanos
20	El mundo romano
27	El mundo
35	El mundo de los siglos
42	El mundo actual
48	El mundo del futuro
55	El mundo de hoy
62	El mundo de mañana
69	El mundo en el espacio exterior
76	El mundo de hoy



PROLOGUILLO

No se sabe a ciencia cierta en qué punto de Portugal nació Magallanes. La opinión más generalizada es que vió la luz del mundo en Oporto allá por el año mil setecientos cuarenta. Su muerte aconteció, tal como se relata en este libro, el veintisiete de Abril de mil quinientos veintiuno.

Para recopilar en un tomo la vida de este hombre admirable que aunque nació en Portugal prefirió ser español y a España sirvió en su viaje famoso, hemos seleccionado lo más importante de los mejores libros que se han escrito sobre él.

Pigafetta, un caballero italiano que tomó parte en la expedición a las islas Molucas por un camino nuevo, dejó un precioso manuscrito en que se relata el viaje con perfecto orden y agradable claridad.

De esta obra y de otras de parecida importancia es de donde ha salido esta... biografía novelada, que por lo que tiene de biografía ha de seros útil y por lo que tiene de novela deseo que os resulte amena.

J. B.

LOS HEROES DEL MAR



I



ALBURQUERQUE, el famoso navegante portugués don Alfonso de Alburquerque, dió orden de que comparciesen ante él los oficiales Dabreo y Serrano y les dijo:

—Amigos míos y capitanes de mi escuadra, vamos de victoria en victoria. Goa, Malaca, y otras muchas poblaciones importantes y de gran utilidad para nosotros, puesto que han de facilitar notablemente el tráfico entre nuestro país y estas inexploradas regiones que tantas riquezas encierran, han caído en nuestro poder. Y yo reconozco que vosotros os habéis distinguido como marinos y como guerreros. Puedo confiaros, pues, la realización de una delicada empresa que hubiera querido abordar yo mismo, pe-

ro que no puedo hacerlo, porque no es prudente retrasar la conquista de Ormuz. La empresa consiste en explorar estas regiones marítimas por si halláramos alguna isla que mereciera ser sumada a la serie de nuestras conquistas. Elegid vosotros mismos vuestros hombres, formaros vuestros planes y partido. Yo, mientras, pondré un digno remate a la conquista de Ormuz.

Alburquerque hizo una pausa, paseó la mirada por el grupo de oficiales que, formando ante él un semicírculo, le escuchaban con admiración y respeto, y añadió:

—Gracias, gracias a todos... Y a vosotros, Dabreo y Serrano, especialmente.

Y poniéndose en pie, tendióles su recia mano.

• • •

Alburquerque era uno de los caballeros más distinguidos de la nobleza portuguesa.

Mas, ante todo, era un enamorado de las grandes empresas. Los viajes, las conquistas, las peligrosas excursiones por los países más remotos e inexplorados, constituían todos sus sueños de hombre sano, joven y fuerte.

No tardó en obtener un cargo que estuviera de acuerdo con sus nobles aficiones y tampoco transcurrió mucho tiempo sin que se viera en pleno océano al mando de una numerosa escuadra.

Animado de un magnífico anhelo de conquistas, de grandezas, de poderío, dejó huellas de su paso por donde quiera que sus naves navegaran.

Atacó las ciudades más inexpugnables y las que por su superioridad de medios representaban un mayor peligro para su vida y la de sus hombres.

Al fin, ya dueño de Malaca y consumada la organización de los pueblos conquistados, dió comienzo a las dos empresas tal vez más importantes de su viaje: la dominación de Ormuz y la exploración de las misteriosas regiones marinas en que se hallaba.

Este último cometido es el que encomendó a Debreo y Serrano, los dos oficiales que más méritos habían acumulado desde que la escuadra partiera de Portugal.

• • •

Del mismo modo que Alburquerque había sabido advertir la conducta meritoria de De-

breo y Serrano, el primero tuvo ocasión de reparar en la de un marino excepcional que durante todo el viaje apenas salió de su camarote más que para prestar sus servicios como subordinado de Alburquerque.

Pasábase el día, como decíamos, sumido en la lobreguez de su modesto camarote, estudiando mapas y planos de los que llevaba consigo un cajón lleno.

Este buen marino tenía un rostro de rasgos firmes y unos pequeños ojos de mirada inquieta y fascinadora. Rizosa y fuerte barba ponía un marco a éste expresivo semblante, y su contextura era recia, más de caudillo avezado a las luchas que de gran señor de la corte de un rey.

Era fiel cumplidor de sus deberes, más apenas terminaba su guardia o el trabajo que se le encomendase, recluía en su camarote, abría su cajón y absorbíase en el estudio de aquellos complicados mapas garrapateados por él mismo.

Por las noches, cuando el cielo estaba despejado y en él se destacaban limpiamente las estrellas, esto era lo único que podía distraer de sus estudios a nuestro hombre. Aso-

mábase a la borda y estaba largas horas sumido en la contemplación de los casi invisibles horizontes, o, de pie en el castillete de proa y con las manos atrás, examinaba el firmamento, y era tal su fijeza y su abstracción, que dijérase que comprendía el lenguaje de los luceros.

En la toma de Goa mostró como guerrero un valor y una prudencia admirables. Un comportamiento semejante observó en la dominación de Malaca y ni en estas ni en ninguna otra circunstancia parecida dió muestras de abrigar el menor deseo de significarse, de que esta conducta ejemplar fuera admirada.

Este hombre magnífico era Magallanes, Hernando de Magallanes.

Nació en Oporto allá por el año 1470 y era hijo de un gentilhombre de *Cota e Armas*. Fué educado en casa del rey Juan II: de aquí que su cultura igualara o superara a su talento natural.

Como Alburquerque, no quiso aprovecharse de su condición jerárquica y estudió la carrera de marino, siendo muy joven aún cuan-

do embarcó en un viaje que se realizó a la India en el año 1505.

Su afición a las peregrinaciones por mar, a los descubrimientos, había sido desde el primer momento tan grande, que todo lo abandonó por el logro de lo que ya había conseguido: embarcarse, afrontar los peligros de las tormentas, lanzarse a la aventura por un mar inmenso, lleno de misterios y amenazas.

Al año siguiente realizó un nuevo viaje y a continuación acompañó a Alburquerque hasta Malaca, de donde ahora había de partir en una expedición mucho más emocionante.

Y decimos había de partir, porque Dabreo, apenas fué designado por Alburquerque para realizar la famosa exploración, llamó al misterioso personaje que de noche se absorbía en la contemplación de las estrellas y le dijo:

—Voy a dirigir un viaje de indagación por estas regiones desconocidas, y, autorizado por Alburquerque para elegir hombres y buques, te designo a ti, desde luego, para ocu-

par uno de los principales puestos de mi tripulación.

—Gracias, capitán.

—He tenido ocasión de advertir que eres hombre laborioso, culto, valiente y honrado.

—Gracias, capitán.

—¿Cuál es tu nombre?

—Hernando de Magallanes.

Dabreo tuvo un gesto de sorpresa.

—¿Magallanes? A fe que llevas un ilustre apellido.

—E ilustre debo de ser yo puesto que lo fué mi padre y he recibido educación de príncipe.

—Entonces, don Hernando, habré de rogarte que me acompañes en la expedición que vamos a realizar.

—Yo, capitán, estoy aquí para servirte.

—Y ¿cómo persona de tu linaje, nacida para mandar, se resigna a servir y obedecer?

—¡El mar, capitán, el mar!...—repuso Magallanes con un extraño fulgor en los ojos—¡El mar, los largos viajes llenos de sorpresas y peligros!... Surca la nave una extensión magnífica y quieta, desierto de aguas inmóviles, lámina infinita que se une

con el remoto confín del cielo... Todo es paz, una paz tediosa y densa que pesa, que abrumba... ¿Do va la nave? La nave va a la aventura, es como una frágil pluma abandonada al capricho del viento... Mar, sólo mar... ¿Estará la soñada tierra tras aquel grandioso semicírculo que limita la extensión marina? Se ha soñado en una tierra nueva, en una tierra desconocida que ha de existir allí, muy lejos, al final del camino que va abriendo la proa de la nave... Y el camino se hace infinito, interminable... Sólo agua azul, espacio abierto... Los tripulantes comienzan a dar muestras de impaciencia. Les han hablado de treinta días de navegación y llevan ciento, más de ciento. Las provisiones se concluyen, sólo resta un pequeño barril de agua. Se tiene hambre y se recibe para aplacarla un trozo de pan duro, se tiene sed y hay que contenerse hasta la hora señalada para el reparto de una copa tan pequeña que apenas es suficiente para humedecer los labios. No puede ser, no puede ser. El estómago no espera, no se resigna; para la sed, para las fauces abrasadas, para los labios reseco no hay razones. Uno sugiere

la primera idea «¡ Si emprendiéramos el regreso!...» Otro dice: «No puede ser. El capitán quiere seguir adelante»... «Quiere llevarnos a la muerte», añade un tercero. «Pues obligaremos al capitán a cambiar de idea», añade otro. «Y si no, nosotros mismos manejaremos el timón y haremos virar la nave. El capitán y sus adeptos tratarán de impedirlo; pero ¿ para qué queremos nosotros nuestros puños, nuestras armas?»... Es la insurrección... La sed, el hambre. Y un ser famélico y sediento es más terrible que un lobo. Es la muerte, la destrucción... El capitán avizora el horizonte con gesto anhelante. No duerme, no siente hambre ni sed; todos sus sentidos, todos sus afanes se cifran en el horizonte remoto, cada vez más remoto y más desierto... De pronto, un punto negro surge en la distancia dormida. ¿ Un ave, un barco perdido, tierra? El navegante fija fascinado sus pupilas en el punto negro... Y el punto se agranda, se va agrandando... ¿ Tierra? ¡ Sí tierra!... ¡ ¡ Tierra !! Y el grito vuela de boca en boca ¡ Tierra, tierra! Capitán Dabreo, he aquí por qué me resigno a servir cuando podía ser

servido. Quiero navegar y no puedo empezar siendo jefe sino subordinado. Capitán: ¿hay goce mayor que el de ese momento en que la soñada, la anhelada tierra se descubre en el horizonte?

El capitán Dabreo miraba a Magallanes con admiración.

—¡Qué bien te comprendo, amigo mío! Yo también siento esa pasión magnífica.

Se había extinguido el fuego de entusiasmo en los ojos de Magallanes. Su aspecto, su continente, eran ahora los de un gran señor, los del gran señor que en el fondo era.

—Quedamos, pues—dijo Dabreo tendiéndole la mano—en que serás de los míos en la expedición que vamos a realizar.

—Quedamos, capitán, en que soy tu subordinado.

HACIA LAS ISLAS DE LAS ESPECIAS

II



OSCIENTOS veinte hombres iban en la escuadra. Llevaban provisiones para muchos días, para meses, y no era de esperar que nada anormal pudiera ocurrir, pues no iban a alejarse tanto de Malaca que en un momento dado no pudieran virar y hacer rumbo a ella.

Estaba el día despejado y brillaba el sol en el cielo azul. Los tripulantes, portugueses en su mayoría, sentíanse como trasladados milagrosamente a su tierra. ¡ Aquel sol, aquel azul en el mar y en el cielo !... ¡ Portugal ! ¡ Castilla !...

Va un hombre en la proa. Con su vista atalaya el confín distante de la planicie marina. Pasa un pez extraño ,enorme, de nerviosa cola y poderosas aletas. Después es

un ave la que surca el espacio batiendo sus alas ruidosamente. El hombre mira a un lado y a otro, después se pasea pensativo. Sacca al fin del bolsillo un papel, lo despliega, lo examina. Vuelve a tender la vista hacia el horizonte.

En esto oye pasos y se vuelve. Alguien llega. Es un viejo tan viejo, que su rala cabellera semeja un reflejo de sol y su barba un girón de plata. Anda encorvado. A su lado va un perro de revuelta lana y mirada triste.

El viejo se detiene ante Magallanes y le pregunta :

— ¡ Quién eres tú ?

La actitud, el tono de la pregunta, la mirada inquisidora del anciano ofenden al bravo marino y noble caballero, el cual está a punto de responder con una imperuncucia.

¡ Pero aquellas barbas blancas, aquella cabeza canosa !

Además, algo extraño, anormal que sorprende en el visitante le absorbe toda la atención y disipa todos sus rencores.

El viejo ha quedado fijo en las aguas azules y de pronto una lágrima ha asomado a

sus ojos y ha rodado por el cauce rugoso de sus mejillas.

Ha levantado el brazo y ha dicho :

—Allí, allí está.

Sus ojos empañados vuelven a fijarse en la superficie que el sol hace reverberar.

—Era de noche cuando se cayó—dice—. Era de noche y no le pudimos ver, no le pudimos encontrar. Era de noche y el pez gordo, el maldito pez, se lo tragó.

De pronto se vuelve hacia Magallanes y le pregunta :

—¿No has visto a mi hijo Flavio? Tú que estabas mirando hacia el mar ¿no lo has visto salir de algún girón de espuma o de alguno de esos diminutos espejos que el sol dibuja en las aguas? Era rubio como un ángel, señor. ¡Pobre hijo, pobre hijo mío! Se lo tragó el pez gordo. Era de noche y no le pudimos ver.

Y el pobre viejo vuelve a mirar hacia el mar y repite :

—Era de noche y el pez gordo se lo tragó.

Arrastrando los pies, doblado por el peso de los años, se aleja.

El perro de esponjosa pelambre le sigue fielmente.

Al pie mismo de la escalerilla que descien-
de del castillete de proa, tropiézase con un
grumete que está haciendo baldeo.

Y también pregunta al grumete :

—¿Has visto a mi hijo Flavio?

El grumete le mira con indiferencia y no
le responde.

—No lo has visto—dice entonces el viejo—.
Bien sé yo que no lo has visto. Se lo tragó el
pez gordo. Era de noche cuando se cayó y
no le pudimos ver.

Y sigue su camino a lo largo de la borda
repitiendo :

—No le pudimos ver. No le pudimos ver...

Magallanes, hondamente impresionado,
desciende por la escalerilla y pregunta al
grumete :

—¿Quién es ese anciano?

—Es un viejo marino, señor. Ha tomado
parte en las más famosas expediciones y en
una de ellas perdió un hijo. Cayó a la mar y
se ahogó. El pobre viejo recibió una impre-
sión tan fuerte, que perdió la razón y ahora
está absorbido por la idea fija de buscar al

hijo que se tragó el mar. Todas las mañanas, todas las noches da una vuelta por el barco y hace a todos la misma pregunta: ¿«Has visto a mi hijo Flavio»?

—¡Pobre viejo! — se lamentó Magallanes—. ¡Pobre padre sin hijo!

* * *

Por la noche, Magallanes volvió al castillete de proa, sin que, por primera vez, absorbiera su atención el examen de las estrellas y del horizonte lejano.

No. Esta noche Magallanes pensaba en el pobre viejo que había perdido a su hijo.

«Era de noche. Se lo tragó el pez gordo.» Estas palabras resonaban tristemente en sus oídos.

La noche era espléndida. Una inmensa calma había descendido sobre el mundo, y sobre la mar tranquila volcaba la luna su torrente de plata. La nave surcaba lentamente la líquida planicie.

«Era de noche. Se lo tragó el pez gordo.»

Magallanes contempló la mar inmensa, poderosa, sepultura de tanto aventurero desdichado.

En el gran silencio de las aguas dormidas

sólo podía escucharse el ruido que producía la embarcación al abrirse paso con la quilla.

De pronto oyó Magallanes unas pisadas lentas y el gruñido de un perro.

—Es el viejo—se dijo.

Y esperó.

Las pisadas, trabajosas, de plantas que en vez de posarse se arrastraban, llegaron al pie de la escalera.

Ascendieron penosamente y al fin apareció la melena argentada del anciano, ahora bruñida por el blanco resplandor de la luna.

Seguido de su perro, se acercó a Magallanes y le preguntó:

—¿Has visto a mi hijo Flavio?

—Sí—repuso decididamente Magallanes.

Una llama de alegría fulguró en la mirada del viejo.

—¿Dónde, señor, dónde?

—Allí—dijo el famoso portugués señalando el cielo.

—¿Allí?—repuso el viejo decepcionado.

—Sí, allí, allí que es donde se hallan todas las almas puras.

—No, no—dijo el viejo obstinadamente—. Se lo tragó el pez gordo.

—Tu hijo está allí—repitió Magallanes—. Todos los niños, todos los hombres que han sabido cumplir honradamente su misión en la vida, todos los seres, que han tenido fe, y su fe ha sido su faro y su guía en el mundo, cuando mueren van allá, al reino de Dios, donde todo es eterno y magnífico. Tu hijo, óyelo bien, está allí. Y tú le verás. Algún día te llamará Dios para que vayas a su lado.

—No, no—negaba el pobre viejo.

—Sí, le verás; ten fé.

El anciano estuvo un momento contemplando el cielo magnífico. Había un vislumbre de esperanza en sus ojos.

—¿Le veré?

—Le verás.

—¿Cuándo?

—Tal vez pronto.

—¿Sí?

Un júbilo repentino iluminó el rugoso semblante.

Magallanes le contempló en silencio. Adivinaba el aluvión de ideas que pasarían por aquella frente perturbada.

El anciano, de pronto, movió negativamente la cabeza y dijo :

—No le veré, no le veré. Se lo tragó el pez gordo.

Magallanes aguardó un momento. El desventurado demente habíase inclinado hacia el can que le acompañaba como si también él sintiera el dolor de la desgracia y quisiera consolarle.

Al fin, rompió el silencio el gran portugués.

—Dime, buen amigo : ¿quieres mucho a tu perro?

—Es el perro de él, señor ; era su amigo inseparable—quedó un instante pensativo—. Es muy inteligente. Antes, cuando iba con él, tenía la experiencia de un viejo lobo de mar. Presentía las tormentas, ladraba cuando columbraba tierra en el horizonte, era amigo de las aves del barco y atacaba a las extrañas que venían de noche a picotear las cuerdas.

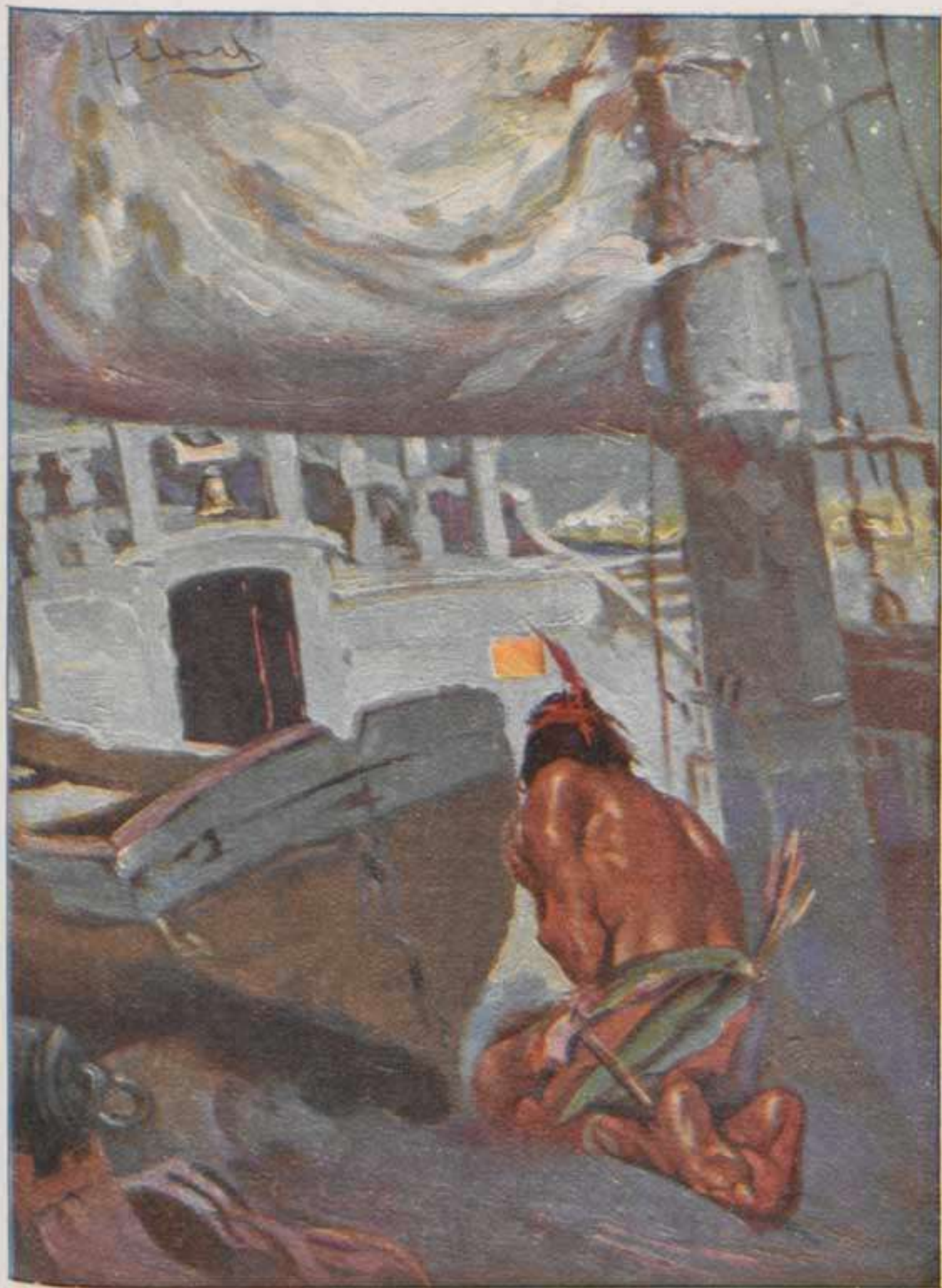
Volvió a guardar silencio, rememorando.

—Un día—prosiguió—, navegando con Vasco de Gama, una noche, mejor dicho, comenzó a ladrar desaforadamente. Yo fuí el

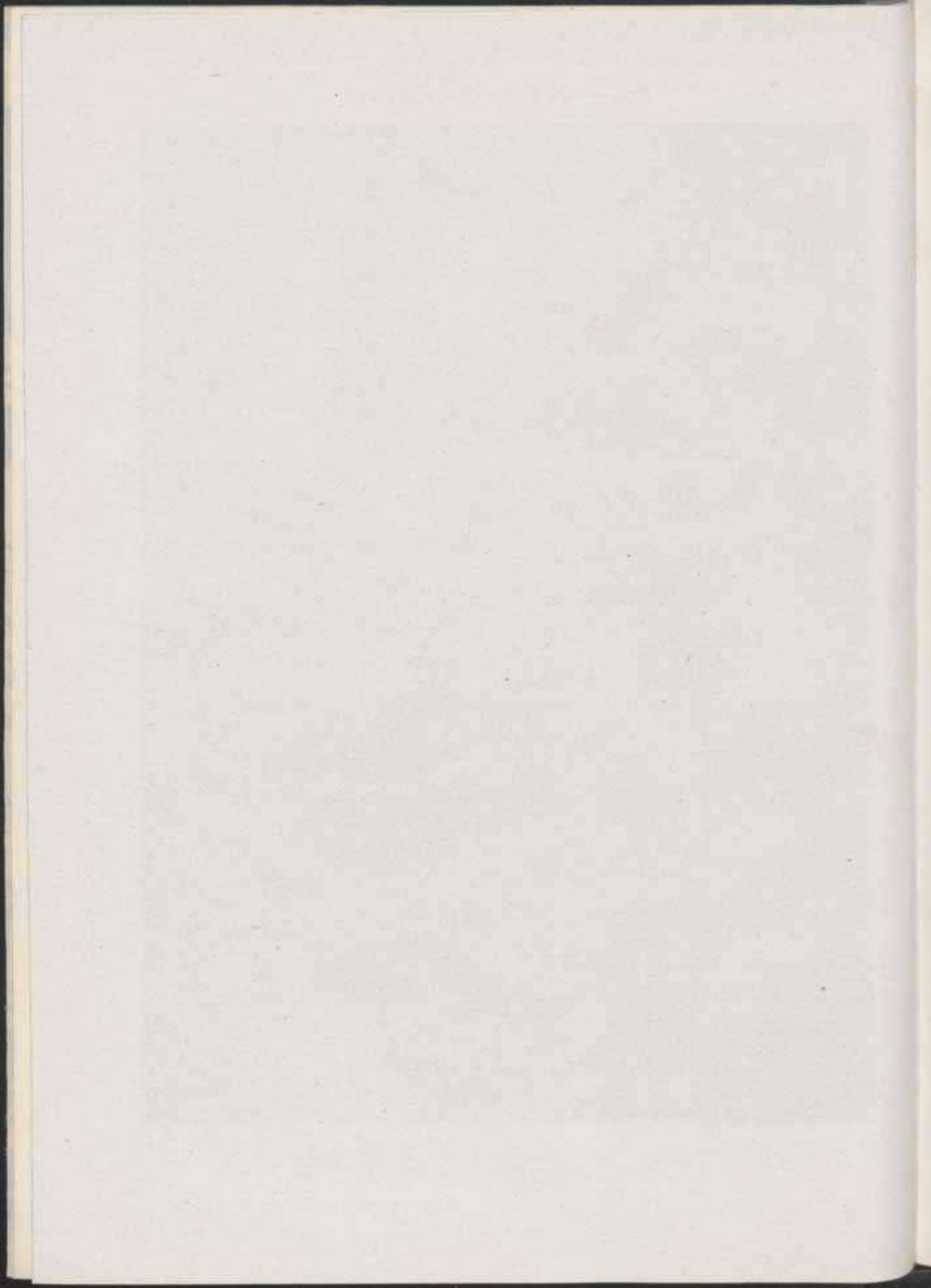
primero en salir, seguro de que algo anormal ocurría, y tras de mí vinieron todos. Escrutamos el horizonte por si descubríamos algún vestigio de tierra, recorrimos todo el barco mirando bien en todas direcciones por si algún ave dañina habíase introducido en la nave como otras muchas veces había acontecido, procuramos por todos los medios descubrir la causa de aquellos feroces ladridos... Nada. En el barco no había nadie, no se columbraba el menor indicio de tierra en el horizonte y el cielo estaba tan despejado que no cabía sospechar la proximidad de una tormenta. Como el perro seguía ladrando, el capitán dió orden de que se le encerrara, pues le molestaban sus ladridos. Mas el perro no quería moverse de allí. Nos costó Dios y ayuda llevárnoslo a la bodega, donde le atamos y le dimos de comer. Comiendo lo dejé cuando volví a cubierta, pues estaba seguro de que algún motivo tenía el animalito para ladrar. Fuíme hacia el lugar de donde el perro no se quería mover y lo examiné todo detenidamente. Había allí rollos de cuerda, una vieja ancla, un chinchorro (1) y algunos fardos de otros materiales propios de marine-

(1) Especie de botecito chico auxiliar en los veleros,

ría... Nadie, nada. ¿A qué obedecerían los ladridos del perro? No satisfecho aún, retiréme a la proa y desde allí, escondido de forma que no se me viera de parte alguna, observé y esperé. Pronto vi que una mano surgía por la borda y se afianzaba a ella fuertemente. Otra mano apareció después, y en seguida el corpachón desnudo de un gigantazo de piel oscura, casi negra, que saltó a la cubierta y quedó encogido tras la popa del chinchorro. ¿Dónde estaría aquel extraordinario ser? ¿Cómo habría podido sostenerse en la parte exterior del casco? No he podido explicármelo nunca. Lo cierto es que el hombretón irguióse poco a poco y encaminóse lentamente hacia los camarotes de la oficialidad. Le seguí. Cuando llegó a uno que estaba vacío se introdujo en él y comenzó a examinarlo todo con una curiosidad que se confundía con la estupefacción. De pronto, quedó fijo en cierto objeto que pendía de la pared. Era un espejo. Con el gesto de quien se halla ante algo maravilloso y nunca visto, tendió los brazos y lo descolgó. Como el camarote estaba iluminado, pude ver en detalle la figura extraordinaria de aquel hombretón. Su piel te-



... quedó encogido tras la popa...



nía el color del bronce ; sus ojos era pequeños y vivos ; sus labios y sus dientes, enormes. Se adornaba el cuerpo y la cabeza con hojas verdes. Sus orejas eran puntiagudas y su cuello poderoso como el de un buey. ¿ Era un hombre o una bestia ? El extraordinario ser cogió el espejo y quedó absorbido en la contemplación de su propio rostro. Apretó el pulido cristal contra su cuerpo como si se tratara de una preciada joya y salió del camarote cautelosamente. De momento no pensé que aquel gigante podría aplastarme, quitarme la vida de un golpe. Sin reflexionar, me planté ante él dispuesto a pedirle cuentas de su intrusión en el buque. Y he aquí que el hombretón, en vez de abalanzarse sobre mí y devorarme, echa a correr hacia la borda y se arroja al mar. Corrí tras él. Acodado en la baranda, escudriñé la parte donde él había caído. Nada. Ni rastro del gigante ladrón. Di cuenta del suceso a mis superiores y no me creyeron. Al alba anclamos cerca de una isla donde sus habitantes eran de enorme estatura y se adornaban el cuerpo y la cabeza con ramas verdes, y los cuales nos daban piedras preciosas a puña-

dos a cambio de un espejo o un simple trozo de cristal bruñado.

—¿Eso quiere decir que el gigante ladrón pertenecía a aquella isla?

—Tanto, que los primeros moradores de ella que nos tropezamos, llevaban trozos del espejo que había pertenecido a uno de nuestros oficiales. De tal modo les agradó el objeto, sin duda, que, luchando por su posesión, lo hicieron pedazos.

—Es curioso—dijo Magallanes interesado.

—Cosas mayores he visto. A veces en medio del mar nos tropezamos una isla cuyos moradores ignoran que existe más mundo que aquel trozo de tierra en que ellos viven. Y así resulta que las cosas que para nosotros son corrientes para ellos representan verdaderas maravillas.

Calló el anciano. Había hablado reposadamente, con el tino de quien posee una inteligencia sana y clara y una feliz memoria.

Mas apenas el silencio dejó vagar sin rumbo sus ideas, se oscureció su semblante, veláronse sus ojos y la obsesión volvió a dominarle.

—¿Has visto a mi hijo Flavio? No, no lo

has visto. Se cayó al mar y se lo tragó el pez gordo.

Y fuese, seguido de su perro, a preguntar a otro, a otros por su pobre hijo Flavio, que se cay al mar una noche en que no había luna.

Magallanes quedó abstraído. Extraña locura aquella que aparecía y desaparecía como el día y la noche, como el sol y las estrellas. ¿Sería cierta la historia del gigante ladrón?

Como una respuesta a esta pregunta mental, sonó un leve chasquido de remos. Prestó atención. Cesó el ruido. Un momento después, fué el rumor de una quilla que partía el agua lo que oyó.

Escudriñó en todas direcciones. Nada veía. Volvió a esperar. El ruido continuaba lento y suave.

Guiándose por él, fué deslizándose hacia el sitio de donde provenía, haciéndose cada vez más perceptible.

Sí, era una barquichuela lo que se acercaba. Ya no le cabía duda. ¿Pero de dónde? ¿Por dónde?

Con cautela asomóse a la borda y la vió avanzar a ras del costado izquierdo de la na-

ve. Tan pegada al casco hacía su camino, que era preciso inclinarse mucho para verla.

Pero la vió. La vió y, acordándose de la conducta del anciano loco, retrocedió hasta hallar un escondrijo, y esperó.

No tardó en ver que una mano se asía a la borda como había acontecido en la historia del viejo. Asomó el otro brazo en seguida y todo el cuerpo después.

No era un gigante, pero su color era oscuro como el del gigante de la historia oída, y si no se adornaba el cuerpo con hojas verdes, en sus muñecas, en sus tobillos e incluso en su barba, veíanse los más extraños ornamentos de junco. Toda su indumentaria consistía en una pequeña falda tejida también con juncos y adornada con preciosas plumas de colores.

Magallanes contuvo la respiración. El intruso habíase inclinado hasta tocar el suelo con las manos y en esta actitud avanzaba hacia el lugar en que él hallábase escondido.

De pronto, se detuvo. Algo había encontrado que atraía poderosamente su atención. Era un objeto blando, pues lo estrujó y le hizo variar de forma varias veces.

¿Qué podría haber hallado el extraño personaje?

De pronto, el marino se dió cuenta de que había perdido el gorro, el sombrero de paño que usaba para hacer las guardias nocturnas.

¡ Aquello era lo que el salvaje revolvía entre sus manos! Su gorro, el gorro que, sin duda alguna, habíasele caído al retroceder en busca del refugio en donde ahora se ocultaba.

¡ Su gorro!

De súbito, sin pensarlo, se plantó de un brinco ante el intruso.

Este, al ver a Magallanes, apretó el gorro contra su pecho, corrió hacia la borda y se arrojó al agua.

El marino quiso darle alcance, pero fué en vano. El grotesco personaje hallábase ya en su ligera embarcación y huía en una dirección que formaba un ángulo recto con la ruta que seguía la nave.

Magallanes hizo correr la noticia en el acto. Inmediatamente, el barco varió de rumbo y siguió el camino trazado por la frágil barquichuela del salvaje.

Amanecía cuando Magallanes y sus compa-

ñeros columbraron en el horizonte el oscuro color de la tierra.

Era evidente que la barquita se dirigía hacia ella, así como era indudable que todas sus ansias se cifraban en tocar tierra antes que el barco portugués.

Fácil le fué lograrlo, pues la gran embarcación había plegado varias velas por orden del piloto, el cual, hombre de gran práctica y pericia marina, aseguró que la única forma de dar con la isla donde moraba el salvaje, era seguirle. De haberle dado alcance y hecho prisionero, hubiéranse negado a indicar la dirección en que se hallaba su pequeño mundo.

* * *

Los de la nave portuguesa, vieron cómo el fugitivo arrastraba la chalupa por la playa y desaparecía entre la vegetación que había poco más allá de la orilla.

El piloto dijo que no debían aventurarse a echar al agua los botes y acercarse a la isla, hasta ver el giro que tomaban las cosas.

Poco tardó el salvaje en reaparecer con una multitud de gentes de su misma índole, todos ellos provistos de arcos y flechas. El hom-

bre del gorro se destacó de los demás y comenzó a hacer extraños signos, que ninguno de los expedicionarios logró comprender.

—¿Qué dice?—inquirió uno.

—No sé—repuso el piloto—. Lo más probable es que nos declare la guerra.

—¿Qué debemos hacer?

—Cargar las bombardas—contestó el oficial.

—¿Para disparar sobre ellos?

—No. Disparar únicamente.

Obedecieron los marinos y pronto estuvieron dispuestas dos bombardas.

Dirigiendo su boca hacia la mar libre y a una orden del piloto, el mortífero mecanismo funcionó.

La detonación fué formidable. Difícil sería dar una idea exacta del pánico que se produjo entre los indígenas de la isla. El hombre que había robado el gorro dió un salto y cayó de cabeza. Los que estaban tras él, unos rodaban por los suelos y otros huían despavoridos después de haber arrojado los arcos y las flechas.

En menos de un segundo, en la playa no quedó rastro de los extraños seres.

—Buen susto se han llevado—dijo el contramaestre riendo.

—Ahora ya podemos acercarnos haciendo uso de los botes—apuntó un imprudente.

—Que nadie se mueva de aquí—ordenó el piloto—hasta que yo lo mande.

E hizo que cada cual marchara a su puesto y él quedó observando desde babor en compañía de Magallanes.

Durante toda la mañana, la playa estuvo desierta.

Ni siquiera la cabeza de un atrevido vióse asomar entre los troncos de los árboles.

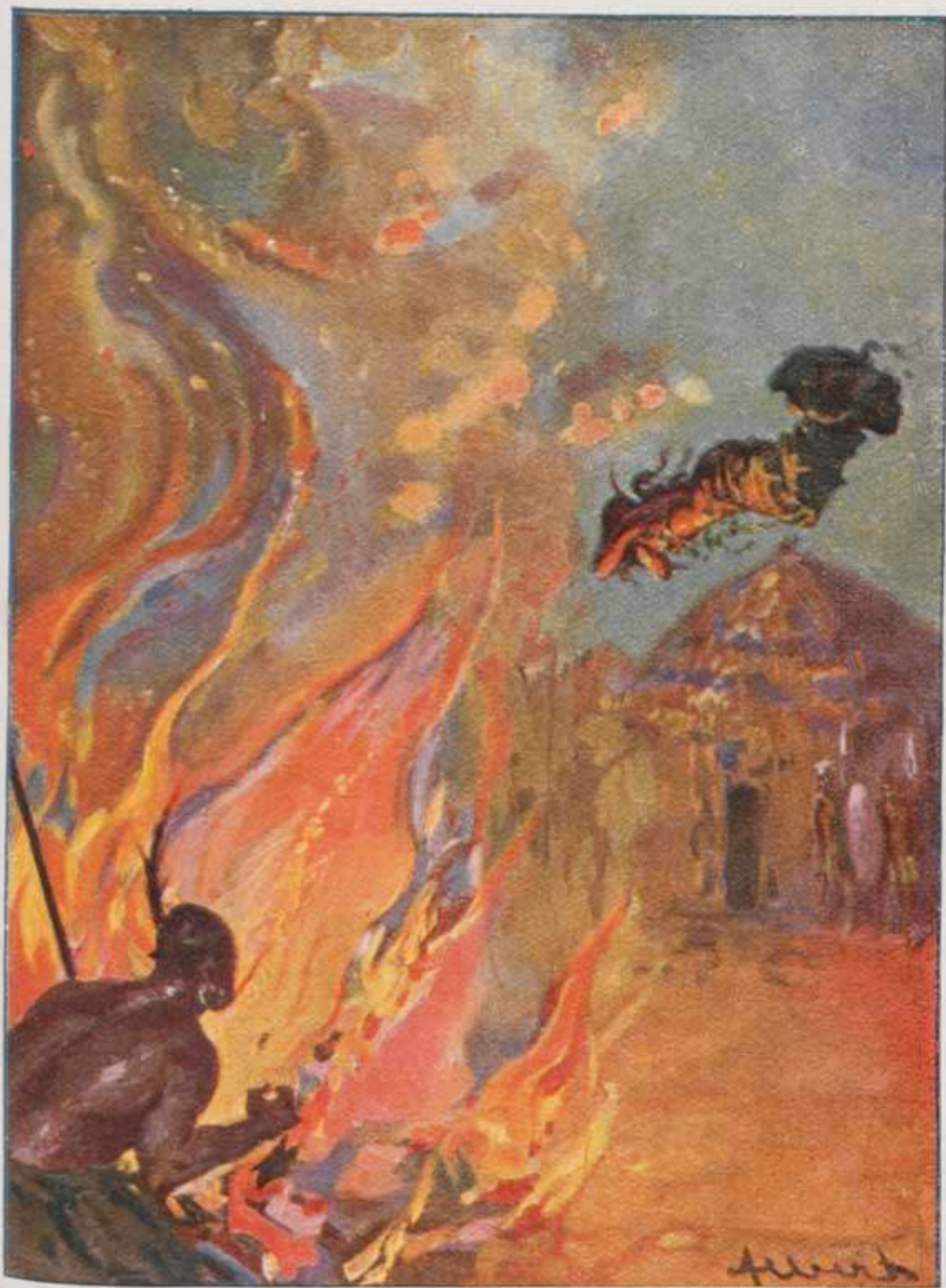
A primera hora de tarde, el piloto dijo a sus subordinados que podían ir a la isla cuando quisieran.

En seguida se echaron los botes al agua.

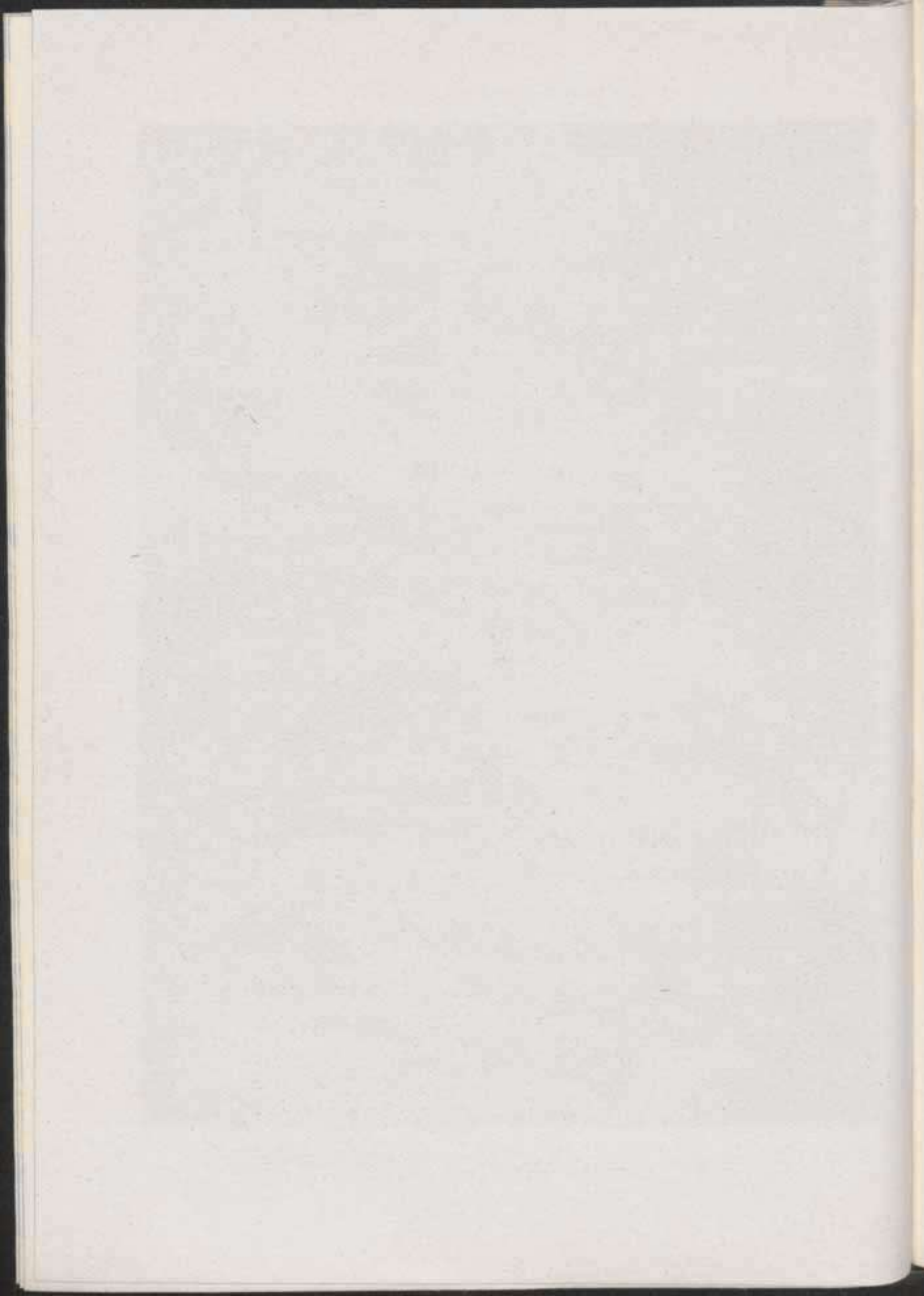
Magallanes fué uno de los que se aventuraron a explorar la isla.

Cuando llegaron a la playa, dejaron los botes en la arena y se encaminaron hacia el bosquecillo cercano.

Cautelosamente, avanzaron hasta cruzar todas las filas de árboles y allí se detuvieron sorprendidos por un singular espectáculo que ofrecíase a sus ojos.



... arrojóse ella a la hoguera...



Inmediatamente después del bosque, había una amplia llanura, en el centro de la cual llameaba una gigantesca hoguera. Al otro lado de la planicie estaban las viviendas de los indígenas, para cuya construcción habíanse empleado los más extraños materiales: troncos, cañas y unas inmensas hojas del tamaño de las palmas, las cuales se usaban para la parte decorativa.

Cerca de la hoguera había un hombre tendido. No cabía duda de que estaba muerto, pues su inmovilidad era completa y tenía el rostro desfigurado.

Poco después, en una silla de mano que conducían cuatro hombres, apareció una mujer con el cuerpo profusamente adornado de ramas verdes.

Esta descendió de la silla al llegar junto a la hoguera, besó repetidas veces al cadáver, lloró y dió orden de que fuera arrojado a las llamas.

En seguida, después de despedirse de los seres que la rodeaban y que lloraban también amargamente, arrojóse ella a la hoguera mientras todos los que presenciaban la ceremonia hacían singulares reverencias.

Magallanes lo comprendió todo en seguida. Aquella mujer era la esposa del difunto y habíase arrebatado la vida para no separarse de él ni en la muerte.

Después, deslizándose entre la vegetación exploraron gran parte de la isla y pudieron advertir que no era allí donde se producían las especias que constituían el gran comercio de aquellas regiones.

Disponíanse ya a volver al barco cuando, al salir de entre unas matas, hubieron de detenerse ante la presencia de un ser vestido de la más extraordinaria manera que pueda imaginarse.

Como el que asaltara el barco la noche anterior, llevaba adornos de hojas en la barba y en la cabeza, pero, además, cruzaba su pecho una especie de banda hecha con un fruto menudo y rojizo muy parecido a la cereza. Una fina corteza de árbol, lo suficientemente amplia para cubrir toda la parte inferior de su cuerpo, rodeaba y pendía de su cintura.

El indígena habíase detenido también perplejo y contemplaba a los intrusos fijamente.

Uno de los marinos avanzó hacia él muy despacito para no asustarle, pero el salvaje

comenzó también a retroceder paso a paso. Detúvose el marino y detúvose el salvaje. Dió aquel un salto y lo imitó éste.

El portugués, de pronto, emprendió una rápida carrera, pero el indígena huyó tan velozmente que todos comprendieron que era imposible darle alcance.

Desapareció tras un grupo de árboles y rocas que había a la derecha, bastante lejos al borde mismo de la playa.

No tardó mucho en reaparecer el ser extraordinario seguido de otros dos que se adornaban con plumas de ave y el fruto semejante a la cereza que el otro llevaba por banda.

Quedáronse contemplando a los forasteros, y, como vieran que estos se dirigían a la orilla para botar las barcas, volvieron la cabeza hacia las rocas y profirieron unos gritos extraños, los cuales dieron por resultado que un sinnúmero de aquellos seres aparecieran atropellándose y lanzando alaridos.

Cada uno llevaba un arco y buena provisión de flechas, y todos parecían dispuestos a luchar.

Los marinos miráronse unos a otros sin



poder ocultar su terror, pero el grumete, que no había olvidado los efectos de las bombardas y había tenido la prevención de cargar con su mosquete, llevóselo al hombro, apuntó e hizo fuego.

Uno de los indígenas hizo una pirueta y cayó cabeza abajo, quedando inmóvil. Los demás volvieron a huir despavoridos como cuando oyeran los cañonazos.

Ya el campo libre, los expedicionarios pudieron regresar tranquilamente a la nave, donde refirieron al capitán lo que habían visto.

* * *

Levaron anclas y se alejaron de Java: pues no era otra la isla que acababan de visitar.

Ya desde entonces, una tras otra, nuevas islas iban surgiendo en la ruta de escuadra.

Y en todas ellas descubrían algo maravilloso: animales gigantescos, árboles nunca vistos, seres que se conducían de un modo extraordinario.

Hubo después una tregua en sus descubrimientos. Días y noches enteras estuvieron sin ver más que cielo y mar.

Magallanes continuaba estudiando y observando. No había a bordo marino tan consciente de sus deberes como él.

Y el viejo que perdió la razón porque el mar habíasele tragado a un hijo, continuaba día y noche dando un recorrido a la nave para preguntar :

—¿Habéis visto a mi hijo Flavio?

Nadie lo había visto. Era de noche cuando se cayó al mar. Se lo tragó el pez gordo.

Poco a poco, su cantinela, su eterna pregunta, hacíase más dolorosa, más impiorante.

—¿Has visto a mi hijo Flavio?

Se diría que lloraba, que cada palabra era un sollozo.

—Nadie lo ha visto; el pez gordo se lo tragó.

De día en día, íbase mostrando más agitado. Se negaba a comer y no dormía. Sus ojos estaban avivados por extraño fuego.

A altas horas de la noche, cuando todo en la nave estaba sumido en profundo reposo y no había más seres despiertos que los que hacían guardia, salía a la cubierta y, asomándose a la borda, llamaba :

—¡ Flavio, Flavio ! ¡ Hijo mío !

El perro le seguía siempre. Una noche oyó que su amo le decía, después de llamar a su hijo :

—Está ahí, está en el mar. Uno de estos días iremos a buscarlo. Yo me arrojaré primero, tú después. Yo cogeré al pez gordo por la cola, tú por la cabeza. Después le abriremos el vientre y sacaremos a Flavio.

El perro contemplábale con ojos tristes, como si comprendiera, y después se enroscaba a sus pies moviendo la cola.

* * *

Al fin, una mañana, apareció en el horizonte un punto azulado.

—¡ Tierra !—exclamó un marinero que observaba desde el castillete de proa.

Pronto se llenó de gente aquella parte del buque, y todos dieron grandes muestras de contento.

—¡ Tierra !

—¡ Tierra !

Cada cual volvió a su puesto en seguida, y sólo quedaron en la proa Magallanes y el piloto.

El punto azul se fué agrandando y agran-

dando hasta convertirse en una ancha faja de tierra, y cuando ya hasta el color verde de las frondas podía advertirse, parecióle vislumbrar a Magallanes algo semejante a una bandera que se agitaba en la orilla.

Hízolo observar así al piloto y éste quedó también asombrado.

Detúvose el barco al fin, pues había llegado tan cerca de la costa como la profundidad de las aguas le permitía.

Ahora se veía claramente el objeto que mecíase en el aire.

No era una bandera, pero sí algo muy parecido.

Al extremo superior de una larga caña, habían colocado hábilmente una gigantesca hoja de algún arbusto desconocido para los europeos, y ésta se agitaba merced al movimiento que le imprimía el que sujetaba la caña.

—Hay mucha gente alrededor—dijo el piloto.

—En efecto—confirmó Magallanes—. Y parece que todos ellos nos hacen señas.

—¿Qué querrán decir?

—No deben de ser gestos de amenaza, pues todos han dejado el arco en el suelo.

Toda la tripulación habíase congregado en la parte de estribor, que era la que el barco daba a la isla.

—Son señales de amistad—dijo el contra-maestre—. Y si queréis probarlo no tenéis más que hacer lo que ellos hagan. Veréis como ellos toman las vuestras por señas de simpatía y se apresurarán a venir al barco.

Así lo hicieron. Se ató un trozo de tela al extremo de un asta y se le imprimió el mismo movimiento que los salvajes imprimían a la hoja gigantesca.

Pronto se advirtió que los habitantes de la isla daban muestras de contento.

Alguien, en vista de ello, fué a echar los botes al agua, pero el contra-maestre dijo:

—¡Aguardad! Ya vendrán ellos si quieren.

En efecto, los salvajes botaron varias chalupas al mar y se dirigieron raudamente hacia el barco.

Las embarcaciones eran más de una docena y cerca de un centenar sus tripulantes.

No se acercaron en seguida a la nave, sino

que cuando se hallaban a una prudente distancia se detuvieron y volvieron a agitar los brazos desaforadamente.

Imitáronles los europeos, y los salvajes, entonces, resolvieron llegar hasta el casco de la embarcación.

Pronto estuvo una embarcación al pie de la escalerilla. El más osado de sus tripulantes se afianzó a los escalones y subió por ellos con ligereza de gato.

Todos los demás quedaron abajo como aguardando el momento propicio para subir.

El que se hallaba ya sobre la cubierta, era un hombrón de piel brillante y negruzca y también iba vestido de modo sorprendente.

Lo más extraordinario de su indumento era un gorro de corteza de árbol, el cual tenía la forma de un cono y apenas cubría su coronilla.

Lo primero que hizo fué arrojarse al suelo posando la frente sobre él.

Los europeos comprendieron que se trataba de un saludo y correspondieron atentamente.

A todo esto, los demás barcos de la escuadra que mandaba Serrano, habían seguido al

que conducía Magallanes y anclaban ahora muy cerca de donde éste se había detenido.

Pero los indígenas no se movieron. De pie en las chaluppas que tan ligeramente habían conducido, esperaban el resultado de la entrevista del hermano de raza con la tripulación del primer barco que había llegado a la costa.

El indígena, después de hacer la reverencia, llevóse la mano a una bolsa que pendía a la izquierda de su cinturón de follaje y extrajo de ella una preciosa piedra de color amarillento que entregó al capitán de la nave.

El capitán le expresó su gratitud lo mejor que pudo.

—Parece una piedra de gran valor. Tallada por un buen artífice, tal vez representara en nuestro país una fortuna.

—En efecto—dijo uno que había sido joyero antes que marino—. No es un brillante, pero acaso tenga más valor que el brillante precisamente por ser una piedra nueva y desconocida.

—Esto nos demuestra—prosiguió el capitán—que nos hallamos entre amigos y que tranquilamente podemos ir a explorar la isla.

—Cuidado, capitán. Estos individuos, para el mal, suelen tener una astucia temible. Vayamos a la isla, sí, pero provistos de armas y con suma cautela.

El capitán tendió la mano al indígena, mas éste, en vez de estrechársela, se quedó mirándola perplejo.

—No comprenderá que tratas de darle una muestra de afecto, capitán. Si quieres corresponder a sus pruebas de simpatía, regálale algo, un trozo de paño, un espejo...

—¿Y por qué esos objetos de tan insignificante valor?

—Para ellos representarán a buen seguro un tesoro, ya que jamás han visto nada semejante.

En efecto, el capitán recordó la hazaña del indígena de Java, el cual robó el gorro de Magallanes como si éste fuera una joya de inestimable valor.

Despojóse, pues, de una de sus prendas de vestir y se la entregó al indígena.

Este, para expresar su contento, comenzó a dar saltos y proferir extraños gruñidos. Después volvióse hacia sus hermanos de raza y les mostró el regalo.

Todos los salvajes, como movidos por un resorte, lanzáronse entonces al agua y treparon a la cubierta con extraordinaria agilidad.

Una vez allí, rodearon al poseedor del tesoro y todos querían palparlo y verlo.

Eran tantos y tan desatado su afán, que los europeos hubieron de hacer grandes esfuerzos para restablecer el orden.

Sólo lo consiguieron entregando a cada uno de los indígenas un trozo de paño, para lo que hubieron de despedazar varias prendas de vestir.

Los marinos, en cambio, recibieron nueces, bananas, trozos de caña de azúcar.

Después, el que parecía llevar el mando de la tribu, invitó al capitán a que visitara la isla, lo que éste comprendió fácilmente, pues el salvaje tiraba de él tendiendo el brazo hacia la costa.

—Vamos—dijo el capitán a los de la tripulación.

—Pero no sin antes proveernos de los mosquetes—replicó el contramaestre.

Y después de ir en busca de las armas,

salvajes y europeos, éstos en sus botes, dirigieronse hacia la isla.

La tierra de ésta era muy fecunda y pronto el contramaestre descubrió el árbol que produce la nuez moscada.

Dió noticia del hallazgo al capitán y éste se mostró muy regocijado.

—Nos hallamos, pues, en las islas que producen las especias. Acabamos de hacer el más feliz descubrimiento de la expedición.

La noticia se difundió rápidamente entre los europeos, los cuales pudieron comunicársela, sin temor a que los indígenas supieran de lo que hablaban, ya que desconocían en absoluto su lenguaje.

Así, pues, muy alborozados y atentos con los de la tribu, siguieron a éstos los de la tripulación.

Llegaron al fin a lo que podríamos llamar población. Se trataba de un grupo de casuchas levantadas sin orden ni concierto y construídas con cañas de azúcar y otros materiales de índole vegetal.

En el centro de todas ellas, había una que destacaba como la principal, tanto por sus

dimensiones como por los adornos frutales que enguirnaldaban la fachada.

Detúvose ante ella el indígena que marchaba a la cabeza e hizo señas a los que le seguían para que aguardasen.

—Debe de ser la vivienda del rey de la tribu—dijo el contramaestre al piloto, el cual iba a su lado.

—Así me lo he figurado yo. Sin duda alguna han entrado a darle cuenta de nuestra llegada.

Efectivamente, no tardó en aparecer en el umbral la figura singular de un hombrecillo a la vista del cual todos los de la tribu arrojáronse al suelo haciendo una exagerada reverencia.

También se inclinaron los europeos, aunque no tanto como los salvajes, y el capitán avanzó hasta colocarse al lado del más alto personaje de la isla.

El contramaestre, el piloto y la mayoría de los marineros tuvieron que hacer grandes esfuerzos para contener la risa.

El rey era de corta estatura y abultado vientre. Su nariz consistía casi únicamente en dos boquetes abiertos sobre la cavidad de-

forme de la boca y tenía las orejas puntiagudas y casi tan largas como las de un pollino.

Llevaba un sombrero de junco que tenía la forma de una olla y cubría su cuerpo una especie de túnica donde las plumas de ave, las hojas verdes, la corteza de coco y todas los frutos de la isla, se mezclaban desordenadamente. Una larga pluma amarilla elevábase en la parte delantera de su sombrero y otras más cortas y de diversos colores pendían de la de atrás, prendidas a un largo cordón que le llegaba a la cintura.

Acompañábale su esposa, cuya indumentaria era también una grotesca profusión de cosas y colores, y la cual llevaba adornos de plumas en el cabello, en las orejas y en la nariz.

Con el matrimonio, salieron sus cuatro hijos, los menores completamente desnudos y los mayores muy ligeramente vestidos.

Mientras los esposos se inclinaban saludando a los extranjeros e invitándoles a entrar en la casa, los niños habíanse abalanzado a las plantas del contramaestre y tiraban de los cordones de sus fuertes botas.

Todos los indígenas rieron la gracia de los infantes, y el contramaestre hubo de quitarse los cordones y entregarlos a las traviesas criaturas, pues de lo contrario hubieran terminado por hacerle caer.

Los forasteros y el indígena que había subido al barco para conferenciar pasaron a la vivienda del rey teniendo aquéllos ocasión de quedar nuevamente sorprendidos ante el extraño moblaje de la mansión.

Un grueso tronco de árbol hacía las veces de sofá.

Había en el centro del recinto un velador también construido con troncos y en cada uno de los cuatro rincones un jaulón de junco que contenía las aves más raras.

Veíanse también algunas banquetas de tosca construcción.

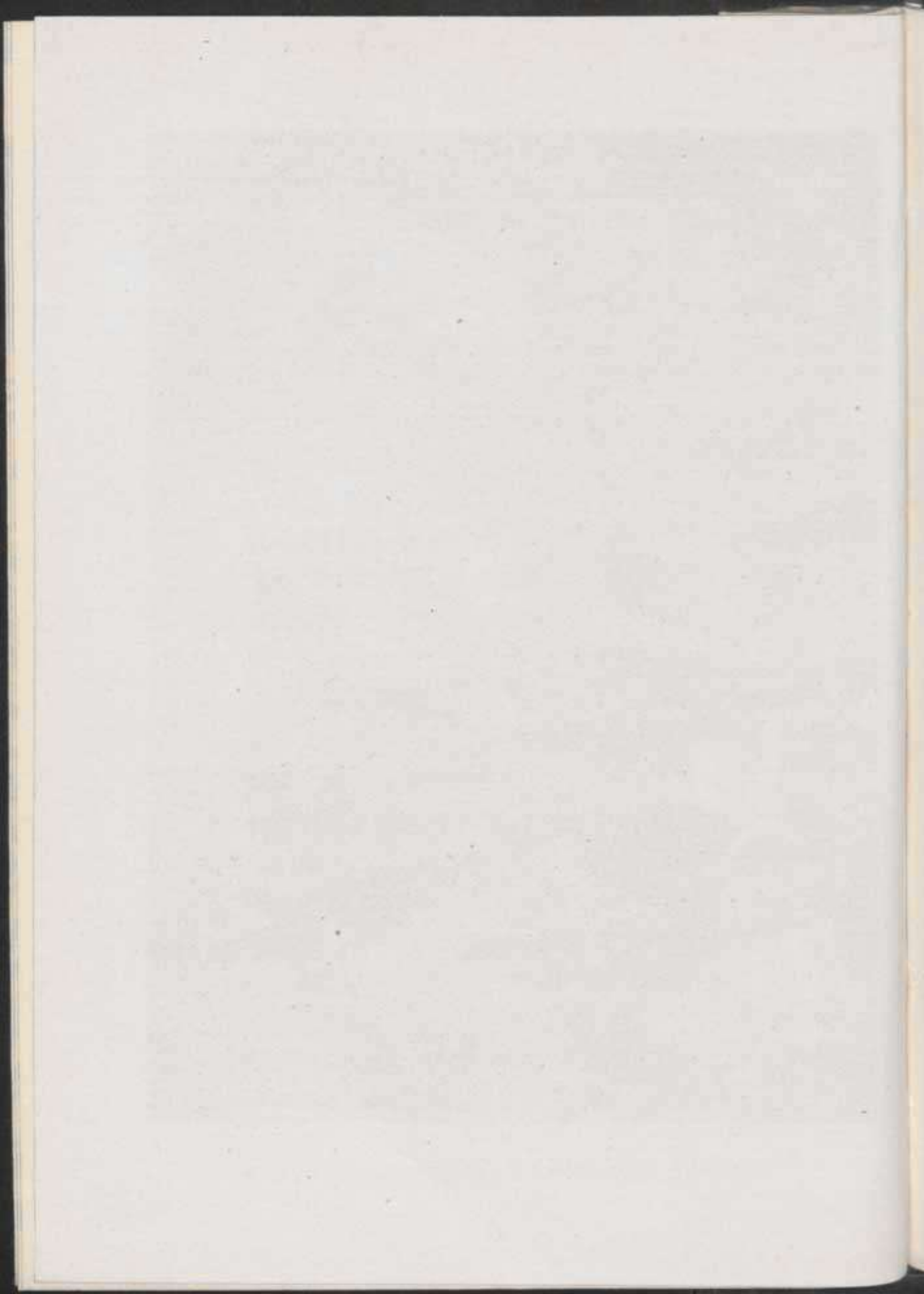
Pero lo que más llamó la atención de los europeos fué una serie de alfombrillas hechas de cañas verdes que hallábanse dispersadas por el suelo.

¿Para qué querrían tantas esteras los reales moradores de aquella caricatura de palacio?

Todos los europeos tenían fijos los ojos en



... descolgóse una cachiporra...



ellas y todos parecían profundamente intriguados.

Por fin, el rey las ofreció a los visitantes, como quien ofrece la más cómoda butaca y, cual si quisiera dar el ejemplo, sentóse a la turca sobre la que tenía a sus pies.

Los expedicionarios ocuparon cada uno una de las esterillas, y cuando todos estuvieron acomodados, el rey llevóse la mano a la cintura, descolgóse una cachiporra que en ella llevaba y dió tres recios golpes en el suelo.

Inmediatamente, de la habitación contigua surgieron dos esclavos que se arrojaron a los pies de su señor.

—¡*Camilicai!*—gritó éste.

Y los esclavos desaparecieron por donde habían venido.

Camilicai. ¿Qué sería camilicai?, se preguntaban los europeos.

No tardaron en saberlo.

Los esclavos volvieron a salir en seguida provistos de una especie de gigantesco rosario cuyas cuentas estaban representadas por un voluminoso fruto semejante a la piña.

Cortaron la cuerda que las sujetaba y el

rey mismo fué entregando una a cada uno de los extranjeros.

—Camilicai, Camilicai — decía cada vez que cogía uno de aquellos frutos con ambas manos y lo ofrecía a los ojos atónitos de los marineros.

Partiéronlo éstos, imitando al rey, lleváronselo a la boca y vieron que se trataba de una fruta exquisita.

Después fueron obsequiados con *canali*, que así llamaban en aquella isla a las bananas, y, por fin, para completar la fiesta, una pareja de indígenas les distrajeron con el espectáculo de sus bailes exóticos.

Todo el día lo pasaron en la isla, pues el rey empeñóse en mostrarles todos sus rincones y perspectivas, los cuales eran maravillosos en verdad.

Llegada la noche, los europeos trataron de despedirse, más el rey no quiso dejarles marchar.

Por señas, como pudo, dióles a entender que hacerse a la mar de noche era sumamente peligroso y que él tenía sitio donde acomodarles.

Y para demostrarlo, condújoles a una es-

pecie de gran tienda de campaña, la cual tenía todo el piso alfombrado por una gruesa capa de vegetación.

Tanto insistió el rey en que se quedasen, que a los navegantes no les pareció bien desairarle y resolvieron pasar la noche sobre la alfombra de verdura.

Media hora después, todos dormían, pues hallábanse muy fatigados del rudo trabajo de a bordo.

Es decir, uno había que continuaba despierto, y éste era el contramaestre.

Hombre receloso por naturaleza, no podía concebir aquella simpatía súbita de los salvajes.

Cerró los ojos, pues, para no inquietar a sus compañeros, más cuando comprendió que todos estaban dormidos, se incorporó sobre su lecho de verdura y así permaneció largo rato, atento al oído y el ojo avizor, hasta que...

Lo primero que oyó fué un ruidillo semejante al que producirían las pisadas de un ser humano sobre la hierba seca.

Después escuchó un extraño resollar.

Sí, sin duda alguna alguien se acercaba.

Eran de caña las paredes de la tienda y su fragilidad permitía oír claramente hasta el ruido más insignificante que se produjera en el exterior.

Aplicó el oído a las cañas y contuvo el aliento. Las cautelosas pisadas hiciéronse más perceptibles. De pronto, sintió en la parte del rostro que tenía aplicado al tabique de cañas la repercusión de un golpe. Después fué un rumor de rasgueo, como si alguien arañara en la parte exterior de la tienda.

El contramaestre no aguardó más. El asesino pretendía sin duda abrir una brecha en las cañas para asesinarle sin tener más que introducir el brazo.

Se levantó, cogió el mosquete y salió a la noche inmensa y oscura.

Paso a paso, fué acercándose hacia la parte donde se producían los extraños ruidos. Vió una sombra, apuntó, y sonó el disparo.

Al disparo siguió un singular alarido más de bestia que de persona. Y al alarido un tumulto extraordinario en el interior de la tienda.

Pronto vióse el contramaestre rodeado de sus compañeros, los cuales llevaban antor-

chas encendidas, permitiéndole advertir qué era lo que había sucumbido al disparo de su mosquete.

¡ Un cerdo ! ¡ Había matado a un cerdo !

La tripulación en pleno celebró el cómico incidente con grandes carcajadas.

Y aun estaban riendo cuando de la parte más frondosa de la isla, llegó hasta ellos un amplio resplandor.

Todos se revolvieron sobresaltados y pudieron ver un grupo de indígenas que se acercaban a ellos provistos de flechas.

— Vienen en son de guerra—dijo el contramaestre.

En efecto, pronto una flecha pasó silbando sobre las cabezas de los europeos.

El contramaestre, sin reflexionar, volvió a echarse el mosquete a la cara y disparó.

Oyóse un alarido de dolor y una algarrabía de gritos bélicos que llenó los ámbitos de la selva.

— ¡ Que cada cual coja su arma—ordenó el capitán—y retirémonos hacia el lugar de la playa donde se hallan los botes !

— No hace falta que huyamos, capitán.

Nos bastamos para vencer a todos los habitantes de la isla.

—Pero no es noble combatir con esta desigualdad de medios. Vosotros tenéis armas de fuego y ellos flechas construidas como Dios les ha dado a entender. Además, ¿qué necesidad tenemos de sembrar la muerte donde ya hemos obtenido todo lo que queríamos, esto es, averiguar que es ésta una de las islas que producen las especias?

Todos consideraron muy razonables las palabras del capitán y siguiéronle en su retirada hacia los botes.

Ya navegaban hacia el barco cuando la costa se iluminó profusamente con millares de antorchas y un aluvión de flechas silbaron sobre las cabezas de los europeos, los cuales, preventivamente, habíanse agachado.

Cuando llegaron a la embarcación, vieron que todos los capitanes de la escuadra les aguardaban en ella.

Allí refirieron sus aventuras, y al dar la noticia de que habían descubierto una de las islas que producían las especias, hubo gran algazara de vítores y felicitaciones.

Emprendieron el regreso hacia el lugar

donde les aguardaba el jefe supremo de la expedición, don Alfonso de Alburquerque y durante el camino, Magallanes volvió a sus observaciones y a sus estudios.

Un trágico suceso hubo que lamentar a la noche siguiente. El pobre loco que había perdido a su hijo Flavio se arrojó al mar en busca de él.

Se echaron botes y los salvavidas, lanzáronse tras ellos los mejores nadadores de la tripulación.

Todo fué inútil. Era la noche tan oscura, estaba la mar tan revuelta, que no se logró encontrar al desdichado anciano.

—Dejadle—dijo un marinero—. No busquéis más. Quién sabe si al fin ha recobrado la felicidad perdida. Quién sabe si se halla ya allá arriba con su hijo.

Y levantó una mano hacia el cielo.

LA RUTA IGNORADA

III



A hemos dicho que Magallanes no había dejado un momento de estudiar y observar. Las matemáticas y la geografía continuaban representando para él una verdadera obsesión.

Ahora otra gran preocupación absorbía su mente.

Ya de regreso en Portugal, la idea había surgido en su pensamiento de modo inopinado... Una nueva ruta para llegar a las islas de las Especias...

Si el mundo tenía la forma de una naranja, era evidente que para llegar a cualquier punto de él podían seguirse dos caminos distintos y completamente opuestos.

Así pues, del mismo modo que Alburquerque había llegado a las famosas islas por el

Sur de Africa, el podría llegar bordeando América, el nuevo mundo descubierto por Colón.

Consiguió permiso para examinar los archivos de la corona y allí los libros le dijeron que las Molucas (las Islas de las Especies) correspondían a España según las demarcaciones implantadas por nuestro rey y el de Portugal y aprobadas en 1494 por el papa Alejandro VI.

Obtenido este dato, la idea de llegar a las Molucas por América y no a través de otros países que nada tenían que ver con la península o eran enemigos nuestros, constituyó para él una idea fija.

Pero, dadas las dificultades que de momento la empresa presentaba y no teniendo paciencia para aguardar mano sobre mano a que sus sueños se realizasen, marchó a guerrear a Marruecos, donde fué herido por los africanos. La herida no fué grave, pero le interesó el nervio principal de una pierna y le dejó cojo para toda la vida.

De vuelta en Portugal, pudo darse cuenta de que el Rey no le tenía la menor consideración por los servicios que había prestado

a su patria, y que hasta circulaban ciertas noticias denigrantes para él.

Esto fué causa de que se decidiera a abandonar su país adquiriendo carta de naturaleza en España, donde expuso sus proyectos a Carlos V.

A éste le pareció bien la idea, y atendiendo a personas influyentes que conocían y estimaban a Magallanes, aceptó oficialmente la proposición.

Carlos V se comprometió a hacer todos los gastos de armamento y nombró a Magallanes comandante general de la escuadra que había de llegar a las Molucas por un camino no descubierto aún.

EL VIAJE

IV



LA escuadra hízose por fin a la mar. Fué el veinte de septiembre de mil quinientos diez y nueve. Cinco naves surcaban las aguas azules del Océano : la *Trinidad*, la *Victoria*, la *Concepción*, el *Santiago* y el *San Antonio*.

La primera la mandaba Magallanes y era la que había de ir delante siempre, limitándose las demás a seguirla.

El día era gris y desapacible. Los barcos se mecían suavemente sobre la mar revuelta.

Sin embargo, Magallanes erguíaase en el puente, henchido de satisfacción. ¡ La mar ! ¡ El inmenso camino abierto a la nave !

Adensábase la grisura del cielo. Negros nubarrones aparecieron por Oriente. Las ve-

las hinchadas por el vendaval semejaban odres gigantescas.

La tarde transcurrió sin otra anomalía que ésta.

Pero, llegada la noche, cuando en Occidente se extinguió el último reflejo del día gris, un trueno formidable anunció el advenimiento de las sombras volando sobre la mar inmensa y haciendo retumbar los ámbitos infinitos de la oquedad celeste.

—Arriad las velas—gritó Magallanes.

Y comenzaron a chirriar las poleas y la tripulación entera se puso en movimiento.

El piloto desplegaba una actividad sorprendente.

En proa y en popa, en babor y en estribor, daba órdenes y ayudaba él mismo a efectuarlas.

De pronto, quedó todo en silencio. Fué un silencio amplio, hondo, en el que sólo se oyó el aullar de un perro, el gemido inquietante de la mascota del *Trinidad*, la cual presagiaba las tormentas como aquel otro perro del marino loco.

Por fin, un nuevo relámpago volvió a partir en dos el cielo y otro trueno más fuerte

y prolongado que el de antes arrancó ecos remotos de todos los horizontes y pobló todos los confines del mundo.

Tras éste, los relámpagos y los truenos se sucedieron sin tregua. El cielo se desató en un diluvio furioso y atronador. Las cinco naves de la escuadra mecíanse como plumas a merced del viento. Y en la cúspide de los mástiles lucieron los fuegos de San Telmo.

—Buen principio—dijo Magallanes al piloto, que habíase acercado a él. Si salimos con bien de esta tempestad, nuestra expedición será coronada por el éxito.

—¿Qué es lo que te infunde esa esperanza?

—Mira—repuso Magallanes—. ¿Ves esas llamas que se agitan en lo más alto de los mástiles?

—Sí, las veo.

—Pues son las luces que presagían el feliz término del viaje, ya que indican que el cielo nos protege. (1)

(1) En aquella época se creía un signo milagroso lo que hoy no es más que un fenómeno eléctrico.

—Sin embargo, comandante, el demonio anda suelto siempre.

—¿Qué podrá el demonio contra el Altísimo?

—Nada. Dios es siempre Dios. Pero piensa que la expedición puede llegar a un término feliz a costa de grandes y continuas tragedias.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, comandante. No hice sino oponer mi pesimismo a tu optimismo.

—¿Con qué intención?

—Con ninguna.

—¿Te atreverías a jurarlo?

—No juré jamás.

—Habla claro, te lo ordeno.

—No tengo otra cosa que decir sino que el rey de Portugal, tú rey...

—Mi rey es Carlos V.

—Bien, pues tu antiguo rey de Portugal, atentó contra tu vida antes de que la escuadra saliera del puerto sevillano.

—¡Bah, que me importa! Ahora estoy muy lejos de él.

—Sin embargo puedes tener cerca algún amigo suyo.

—¿Qué quieres decir? ¡Habla!

—Quiero decir sencillamente que entre los tripulantes puede haber alguno que se haya dejado sobornar.

—¡Ah, maldito!

—No hago más que suponer, comandante. Sé tanto y tan poco como tú.

Magallanes no respondió. Quedó abstraído y con la vista fija en la revuelta mar.

De pronto, se dió cuenta de que el temporal había amainado.

Los truenos oíanse remotos y los relámpagos se producían sobre el oscuro horizonte. En lo más alto de la bóveda celeste, lucía un grupo de estrellas. Las nubes volaban raudas hacia otras regiones.

Pero la alegría no volvió al rostro de Magallanes. Su faz no se despejaba.

Y permaneció toda aquella noche en el puente. No quiso dormir.

A la mañana siguiente vió algo anormal en la nave que seguía a la *Trinidad*. Era ésta la que mandaba Juan de Cartagena.

Dió orden de que se detuviera el barco que él mandaba y todos menos el que había llamado la atención a Magallanes le imitaron,

Cuando el barco rebelde estuvo al lado de la *Trinidad*, el piloto de éste parlamentó con el de aquél y poco después se presentó ante Magallanes para decirle :

—Comandante, Juan de Cartagena desea tener una conferencia contigo.

—Puede venir Juan de Cartagena.

En seguida comunicó la respuesta, y momentos después, un bote cruzaba de una nave a otra, llevando en su popa a Juan de Cartagena.

Magallanes, impasible, aguardó. Llegó al fin el capitán.

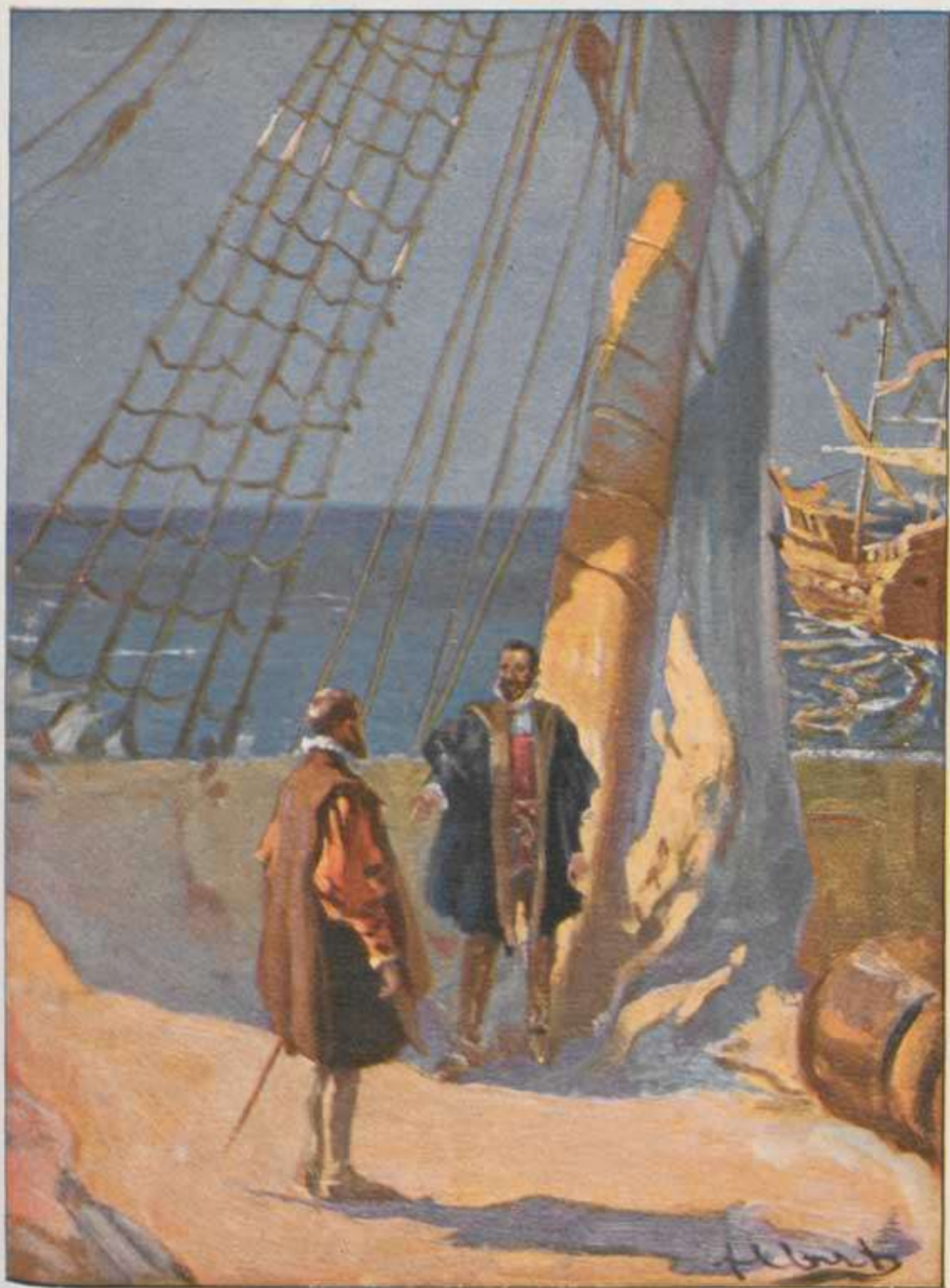
—¿Qué deseas?—dijo Magallanes.

—No deseo más que una cosa, comandante : saber hacia dónde vamos, cosa que no nos has dicho todavía.

—Ni lo diré. Esta fué la primera condición que impuse a los que quisieran acompañarme en la expedición. Tu obligación es dirigir el barco por la estela que deja el mio sin preocuparte de cuál va a ser el final de la ruta.

—Pero mis hombres protestan. No se resignan a marchar a ciegas.

—Que vengan aquí tus hombres.



— Y yo digo que quedas arrestado...

—Comandante, basta de rodeos. Soy yo el primero que protesta de tu inexplicable actitud. Deseo saber hacia dónde nos llevas.

—¿Y si yo me obstinara en callarlo?

—He dicho mi última palabra, comandante.

—Y yo digo que quedas arrestado desde este momento... ¡A ver!—gritó asomándose por la barandilla del puente—. ¡Que vengan dos de mis hombres! ¡pronto!

Acudieron más de dos. Media tripulación, El piloto y el contramaestre, precipitáronse a presentarse en lugar en el lugar donde sonaron las voces del comandante.

Entonces, Juan de Cartagena dijo:

—Magallanes, Hernando de Magallanes: no es un valiente el que abusa de su poder para avasallar a la razón y a la justicia.

—¿Cómo se entiende? ¿Qué sería de la justicia sin este poder? ¿Cómo podríamos imponerla si hubiéramos de discutir el castigo de quien claramente lo merece? Juan de Cartagena: pagarás tu rebeldía como un marino cualquiera, como un grumete. Serás sometido al castigo del cepo.

Esta tortura consistía en dos trozos de

madera que al juntarse dejaban un hueco suficiente para colocar los tobillos del delincuente.

Y este castigo humillante iba a ser aplicado a Juan de Cartagena.

Cuando los capitanes de los demás buques tuvieron noticia de ello, protestaron de la conducta de Magallanes. Mas esta protesta fué hecha prudentemente, y el jefe supremo de la escuadra redujo la pena a un simple arresto.

Quedó la calma restablecida. Las naves continuaron su ruta por el desierto interminable y azul del mar.

Bravamente rompían las naves las aguas tranquilas. Por la parte de Oriente comenzaban a desgarrarse las tinieblas y una claridad gris, ténue y turbia indicaba el comienzo del día.

Seguían las sombras disipándose. Acrecentábase el resplandor de la aurora. Por Oriente apareció el sol y sus primeros fulgores de oro pulieron las aguas.

Oyóse un grito.

—¡Tierra!

Toda la tripulación se puso en movimiento. Todos querían ver la mancha parda de la anunciada tierra.

—Es el Brasil, muchachos. Cada uno a su puesto—dijo el contramaestre.

Obedecieron todos.

Magallanes, desde el puente, observaba.

Vió de pronto un punto negro que se aproximaba lentamente.

Descendió a cubierta y se acodó a la borda.

El punto fué agrandándose, acercándose.

Al fin, Magallanes comprendió que se trataba de una barquichuela, de una menuda embarcación capaz únicamente de sustentar a una persona.

Mas no era una canoa, ni una chalupa, ni ninguna de las especies de botes que él conocía.

Era un tronco de árbol. Sí, un tronco de árbol, vaciado en su centro, donde se acomodaba un individuo vestido bastante llamativamente.

Cuando estuvo más cerca, vió que llevaba una especie de chaqueta tejida con plumas

de ave y que en su labio superior pendía un anillo de madera.

El brasileño remaba afanosamente.

Dijérase que tenía prisa por llegar a la nave.

Cuando ya casi podía alcanzar la escalera, dejó los remos y comenzó a hacer grandes ademanes.

—¡*Tum!* ¡*tum!*—vociferaba al mismo tiempo alegremente.

Magallanes llamó al contramaestre y éste le tradujo la palabra. ,

—*Tum* quiere decir bueno. Además, este hombre da muestras de alegrarse mucho de nuestra llegada. Sin duda alguna cree que somos portadores del bien.

—¡*Tum!* ¡*tum!*—vociferaba el indígena.

Magallanes le invitó por señas a que subiera.

Hízolo el brasileño, y cuando estuvo en la cubierta de la nave, comenzó a hacer vivos gestos de regocijo. Saltaba, reía y señalaba al cielo.

Magallanes alzó la vista hacia el firmamento. Entonces se dió cuenta de que ya no brillaba el sol, pues lo habían ocultado den-

sos nubarrones que presagiaban abundantes lluvias.

—Se alegra de que vaya a llover—dijo el contraamaestre.

—¡*Tum!* ¡*tum!*—repetía el brasileño.

El barco se detuvo, pues ya la costa se distinguía perfectamente y, al darse cuenta de ello, el indígena corrió a la proa y comenzó a dar saltos y a hacer grotescos aspavientos, los cuales iban dirigidos a una multitud que apiñábase en la playa.

Magallanes y el contraamaestre fueron tras el indígena y observaron que todos los brasileños daban las mismas muestras de regocijo.

—Decididamente, ésta gente nos toma por dioses.

—Sí, podemos desembarcar tranquilamente.

Acto continuo, Magallanes dió órdenes para que se hiciera correr por las demás naves la noticia de que se podía desembarcar.

Y apenas tocaron tierra los primeros botes de los navegantes, una abundante lluvia se desató produciendo gran algarabía entre los brasileños.

Después se enteraron los expedicionarios de que hacía mucho tiempo que no había caído una gota de agua en aquella tierra.

Era indudable, pues, que atribuían a la llegada de los europeos aquellas lluvias benéficas.

Magallanes y los suyos fueron trasportados a la presencia del rey, al que allí llamaban *cacique*. Este les recibió con gran ceremonia y afabilidad.

Después, se les obsequió con un banquete.

También se les hizo regalos y se dieron fiestas en su honor.



EL PUERTO DE LOS GIGANTES

V



DESPUÉS de pasar trece días en el Brasil, reanudaron el viaje y pasaron por puertos y regiones donde vieron cosas muy curiosas.

Seis meses después, se detuvieron en el puerto de San Julián, donde decidieron pasar el invierno.

Mas no saltaron a tierra. Anclaron las naves y en ellas pasaron días y días sin que nada extraordinario les aconteciera.

En la costa no divisábase vestigio de ser humano.

Un día, Magallanes consultó al contra-maestre y éste le dijo que los indígenas de aquella región debían de habitar muy hacia el interior de la tierra firme.

—No pasará el invierno sin que alguno

llegue hasta la playa y, cuando nos descubra, irá a avisar a los demás y toda la tribu vendrá a visitarnos.

Dos meses después realizóse la profecía del contramaestre.

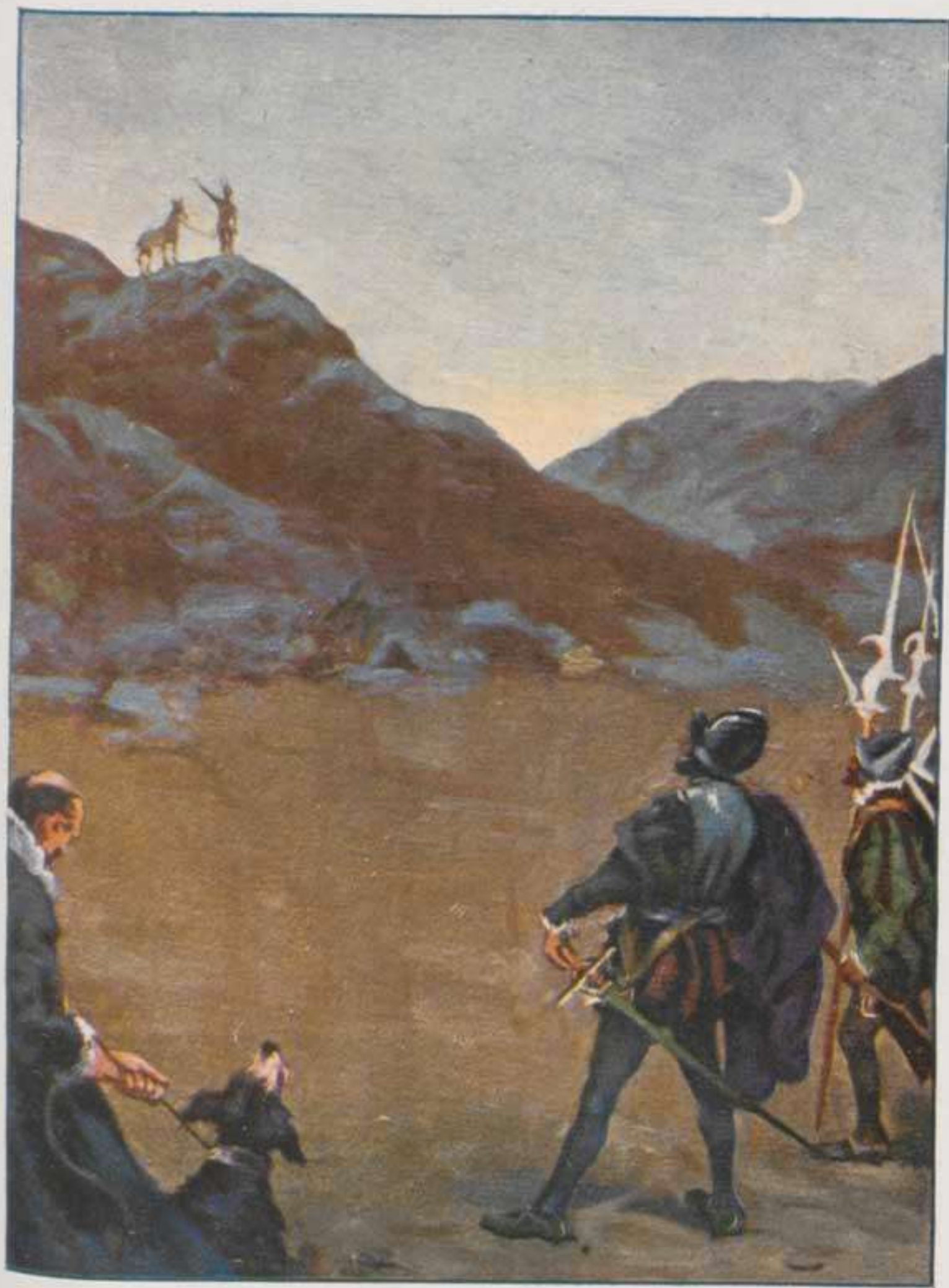
Hallábase el jefe de la expedición en su camarote, abstraído en sus estudios, cuando le interrumpió un marinero para decirle que había aparecido gente en la playa.

Se apresuró Magallanes a subir a cubierta y vió que, efectivamente, en la playa bañada por el sol, había un habitante de aquellas regiones tan distantes de la civilización.

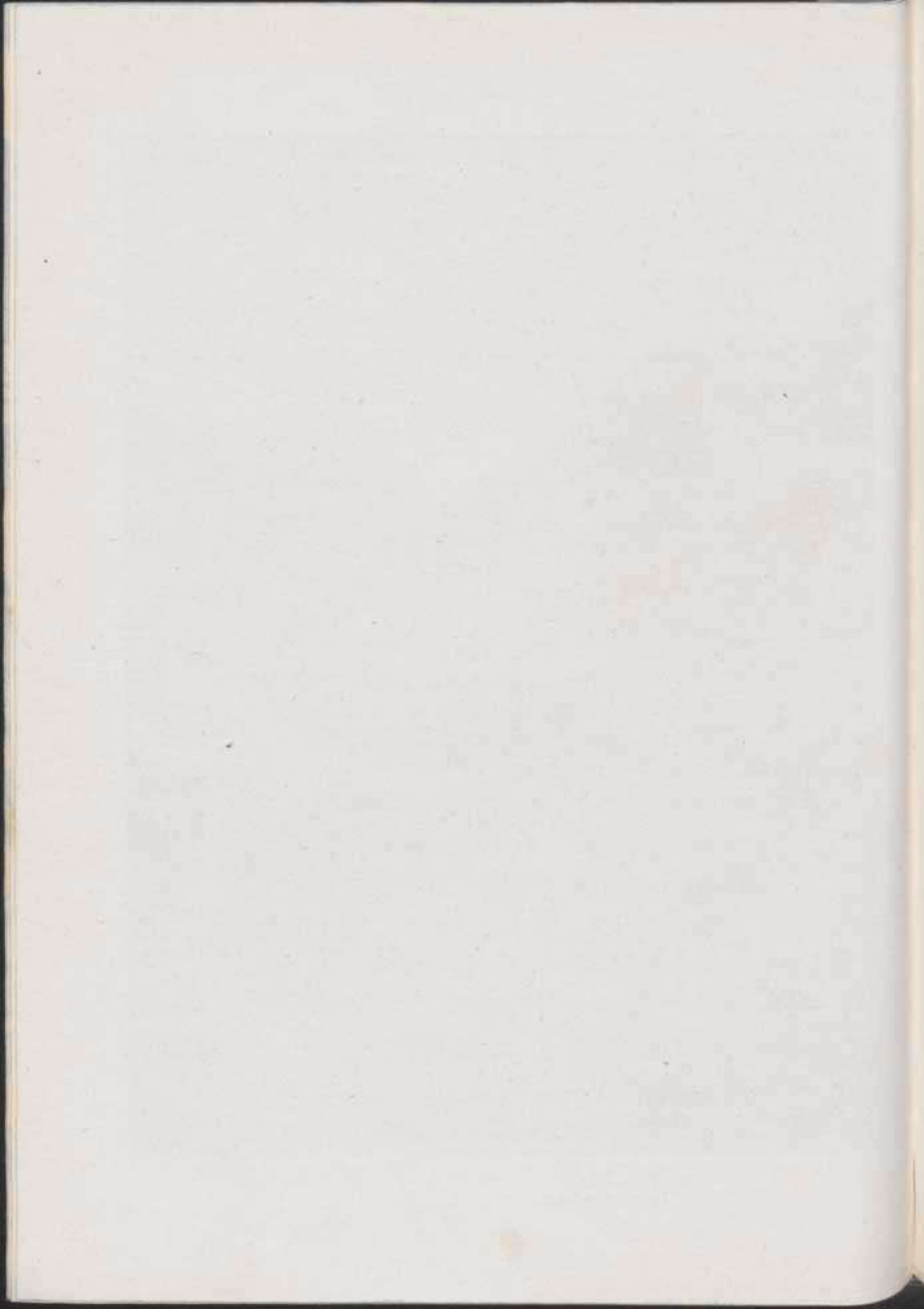
Lo que primero atrajo la atención del famoso viajero portugués fué la desmesurada estatura del indígena.

Era un verdadero gigante que le hizo recordar cierta historia contada por el loco que había perdido a su hijo. En ella, un hombre de excepcionales dimensiones asaltaba el barco para robar un espejo. Ahora el indígena no osaba llegar a la nave, pero hacía a sus tripulantes extrañas señas.

De vez en cuando se arrodillaba y comenzaba a arrojar arena a la cabeza.



... vióse aparecer en la cúspide...



—Es un signo de paz—dijo el contra-
maestre.

—Si es así, que vayan en seguida mis
hombres a entenderse con él como mejor
puedan.

Así se hizo. Fueron a tierra los marine-
ros y uno de ellos se adelantó para imitar los
ademanes del indígena.

Este comprendió que se correspondía a
sus signos de paz y mostró gran alegría por
ello.

De tal modo se las compusieron los mari-
neros, que lograron infundir al gigante con-
fianza suficiente para que se dejara condu-
cir a bordo.

Ya en el Trinidad, Magallanes vió que el
indígena llevaba la faz pintada de rojo y que
iba vestido con pieles de guanaco.

Le hizo regalos que eran preciosos para él
y le dejó marchar, seguro de que iría a dar
cuenta de su aventura a la gente de su tribu
y que volvería acompañado.

Después acamparon en la playa en espera
de acontecimientos.

Al día siguiente, vióse aparecer en la cú-
spide de una colina próxima al gigante ami-

go, pero esta vez acompañado de un guanaco joven, al que llevaba sujeto por el cuello.

Al ver que los europeos habían reparado en él, saludó con una de sus peculiares piruetas y corrió hacia ellos con toda la ligereza que le permitía el rebelde guanaco.

Llevaba puesto el gorro que habíanle regalado a bordo el día anterior, y señalándolo con un dedo dijo alegremente:

—¡ *Aichel!* ¡ *Aichel!*

—¡ Vaya nombre raro que dan aquí al gorro!—dijo uno de los marineros.

Acto continuo, el gigante entregó al jefe el animal que llevaba atado con cuerdas hechas de una materia extraña.

Magallanes dió las gracias como pudo y, acto seguido, el salvaje profirió un grito dirigiendo la voz hacia la colina.

En lo más alto de ella apareció en seguida un numeroso grupo de gigantes.

Les llamó entonces por señas y todos emprendieron una rauda carrera en la que no cesaron hasta que se hallaron en el campamento.

Ni uno solo dejó de mostrar su entusiasmo por el gorro regalado al compañero.

—¡ *Aichel!* ¡ *Aichel!*—gritaban señalándolo.

—Todos quieren un *aichel*—dijo el marinero que había hablado antes—. Estoy viendo que vamos a tener que regresar a Europa con la cabeza descubierta.

Pero se quitó el gorro y se lo dió a la mujer que le pareció más guapa entre todas las presentes. Los demás marineros le imitaron.

Magallanes concibió en seguida el proyecto de llevar a Europa aquella raza de seres extraordinarios.

Haría prisioneros a dos hombres y a dos mujeres y continuaría con ellos el viaje.

Mas en aquel momento no era posible poner en práctica el plan, pues los indígenas eran muchos y una lucha con ellos habría sido desventajosa.

Esperó, pues, mejor ocasión.

Fuéronse muy contentos los salvajes con los regalos que les habían hecho, y ya no volvieron en todo el día.

Al siguiente, en lo alto de la colina aparecieron cuatro de ellos, tal vez los más corpulentos de la tribu.

Saludaron como de costumbre y una vez

que habían obtenido la respuesta, se aproximaron.

Magallanes, que ya había comunicado su proyecto a los de su tripulación, dió orden de que lo pusieran en práctica.

—Coged los grilletes y sujetad con ellos sus pies.

—Va a sernos muy difícil. Aunque no nos acobardamos por nada y somos fuertes, cada uno de estos gigantes necesita una docena de hombres como nosotros.

—Vosotros coged los grilletes y seguid mis instrucciones. Haced únicamente lo que os diga.

Cuando llegaron los gigantes, Magallanes, después de haber cruzado un saludo con ellos, dijo a uno de sus subordinados :

—Ve y trae cuatro espejos, cuatro cepillos y cuatro camisas.

Así lo hizo el marinero y una vez que estuvo de vuelta, Magallanes indicó que repartiera los regalos por partes iguales entre los indígenas.

Estos se mostraron sumamente contentos y expresaron su gratitud de la forma más singular que imaginarse pueda.

Por toda respuesta, Magallanes envió a otro marinero por nuevos regalos, y luego a otro, y a otro en seguida.

Cuando los gigantes estuvieron tan cargados que apenas podían moverse, el comandante les indicó como pudo que aún quedaba el mejor regalo por hacer.

Entonces mandó traer los grilletes.

Los gigantes, al verlos, brincaron de júbilo. Nada había para ellos tan precioso como el hierro y, mucho más, tratándose de aquellos objetos perfectamente redondos y con su cierre mecánico.

El marinero se los ofreció, pero ellos replicaron con gestos que no los podían coger porque tenían las manos más que ocupadas.

Entonces Magallanes cerró los grilletes sobre uno solo de sus pies y anduvo para demostrar a los salvajes que así los podían transportar.

Alargaron estos un pie en seguida, pero el comandante se los hizo juntar, diciéndoles, siempre por señas, que así los llevarían mejor.

Una vez que tuvieron los indígenas los pies

juntos, Magallanes dijo a uno de sus marineros haciéndole una seña significativa :

—Colocárselos en los pies.

Y el marinero obedeció, cerrándolos después y dejando a los salvajes prisioneros.

Cuando estos se dieron cuenta de la celada en que habían caído, se enfurecieron de tal forma que fué muy difícil sujetarlos.

—¡*Setebos!* ¡*Setebos!*—gritaban con un vozarrón que hacía retumbar la tierra.

—Llaman al diablo—dijo el contramaestre—para que venga a ayudarles.

Los prisioneros fueron conducidos a sitio seguro y Magallanes eligió a los dos más jóvenes y más corpulentos para conducirlos a Europa.

—Estos otros dos—dijo—os servirán para indicaros adónde se hallan las esposas de los seleccionados, a las que haréis prisioneras procurando que no se enteren los de la tribu.

Sin dilación, ataron fuertemente los marineros a los gigantes que habían de servirles de guía y después de quitarles los grilletes les obligaron a conducirles adonde se hallaban las esposas de sus compañeros.

Una vez hubieron llegado a la vivienda de

éstas, dejaron que los indígenas entraran delante con objeto de que les comunicaran la noticia.

Juzgaban que así no sería difícil conducir a las mujeres al campamento, pues ellas serían las primeras en querer acudir al lado de sus respectivos esposos.

En efecto, apenas aquéllas tuvieron noticia de lo acontecido, comenzaron a proferir grandes gritos y emprendieron una rauda carrera hacia el campamento. Dos de los marineros hubieron de correr tras ellas y taparles la boca para que no se corriera la voz por la tribu.

Cuando llegaron al campamento y vieron a sus maridos atados y con los grilletes puestos, se repitió la escena de gritos y lamentaciones que hacía poco habíase desarrollado en la cabaña.

No hubo necesidad de atarlas. Ellas mismas se negaron a separarse de sus esposos y manifestaron el deseo de correr la misma suerte que ellos.

Así pues, llegada la noche, no tuvieron los europeos más que asegurarse de que los gigantes estaban bien seguros, y, dejando de

guardia a uno de los marineros, se dispusieron tranquilamente a dormir.

El marinero que estaba de guardia, pronto se decidió a imitar a los demás, en vista de que hasta los gigantes, a pesar de la incómoda posición en que les obligaban a permanecer las ligaduras, también comenzaban a dar cabezadas.

No habría dormido diez minutos el centinela cuando un extraño ruido le despertó, y cuando quiso volverse hacia el lugar en que estaban los gigantes, vió que dos de éstos se abalanzaban sobre él reduciéndole bárbaramente a la inmovilidad.

Le taparon la boca, le ataron con las mismas cuerdas que habían usado para ellos y emprendieron un acelerada fuga.

Mas el centinela había podido gritar antes de que le amordazaran y el grito llegó a las tiendas vecinas.

El contramaestre, hombre avezado a las luchas y habituado a aquellos trances, se puso en pie de un salto y salió.

Esta era oscura. Las débiles luces del campamento eran insuficientes para romper la densidad de las sombras. No obstante, el vie-

jo lobo de mar gozaba de buena vista y en la negrura de la playa vió unas siluetas más negras aún, que se alejaban raudamente.

Echóse el mosquete a la cara y disparó, mas fué en vano, pues los fugitivos corrían dando grandes zancadas y haciendo eses.

Al ruido del disparo, el campamento se llenó de gente.

Incluso el comandante general abandonó su lecho para averiguar por sí mismo qué acontecía.

—Se han escapado—dijo el contramaestre. Magallanes se limitó a sonreír.

—Tal vez haya sido mejor—dijo—. A ninguno de nosotros nos agradaría que nos hicieran prisioneros y nos tuvieran toda la vida entre esta gente extraña. ¡Cada uno a su puesto!

—No, eso no, comandante. Me parece más prudente que volvamos a bordo. No tardarán en atacarnos estos indígenas.

—A bordo, pues. Y mañana reanudaremos el viaje.

No dijo más.

Acto continuo, todos procedieron a acatar prácticamente la orden del comandante.

LA ISLA SOLITARIA

VI



El día siguiente, en efecto, se hicieron a la mar.

Navegaron algunos días sin ver tierra por ninguna parte.

Por fin, una tarde, al anochecer, Magallanes hubo de llamar al contra-maestre para consultarle.

—¿Qué isla puede ser aquélla? No figura en ninguno de mis mapas.

—Tampoco yo sé nada de ella, comandante. Parece muy frondosa, a pesar de que la distancia no nos permite distinguirla bien.

—Hagamos rumbo hacia ella. Siento por visitarla una viva e inexplicable curiosidad.

—¡Bah!, será una isla más con salvajes, si no iguales a los que acabamos de conocer, parecidos.

Pero Magallanes no atendió a los comen-

tarrios del contramaestre y mandó poner la proa de la *Trinidad* hacia la isla.

Cuando llegaron a sus costas era ya casi de noche.

Veíase, no obstante, la mancha negruzca de una abundante vegetación y, entre ella, una lucecita que no cesaba de agitarse imitando la danza de los fuegos de San Telmo que remataban los mástiles de los barcos en los días de tempestad.

—Se ve una luz—dijo Magallanes interesado—. Eso prueba que alguien habita en esa isla que a primera vista nos ha parecido desierta.

—En efecto, esa hoguera demuestra que la isla no está completamente despoblada.

Hizo una pausa durante la cual tuvo fijos sus ojos en la distante fogata y añadió :

—Aunque desconozco todavía tus propósitos, comandante, me permito hacerte una recomendación : si hemos de explorar esa isla no lo hagamos de noche, sino cuando el sol nos alumbre.

Magallanes tuvo una sonrisa de burla.

—¿Temes acaso a los duendes?

—A nada temo, comandante—repuso ofen-

dido el contramaestre—, y para demostrártelo, te suplico que me permitas ir a visitar la isla en esta hora en que ya las sombras de la noche sin luna pueblan el mundo.

Magallanes, sin otro deseo que el de complacer al contramaestre, al que profesaba verdadera estimación, accedió a lo que le pedía.

—Tú mismo designarás a los marineros que han de acompañarte—dijo.

Acto seguido, el contramaestre hizo que compareciesen todos ante él.

Cuando los marineros habían formado un semicírculo ante el contramaestre y el comandante general, y aguardaban las órdenes de sus jefes, aquél advirtió que faltaba uno.

—¿Dónde está el marinero que falta?—inquirió.

Todos se revolvieron en su busca. Efectivamente no estaba entre ellos Ramuncho, el escuálido marinero que tenía más de alma en pena que de lobo de mar.

Era un pobre muchacho que había sufrido un gran desengaño amoroso y quiso alejarse del mundo embarcándose en la escuadra de Magallanes.

Lo consiguió a fuerza de recomendaciones,

pero a los cuatro días de navegación, hubo de convencerse de que hubiera obrado con mucha más prudencia recluyéndose en un convento.

Se mareaba cuando había de escalar la más insignificante altura y no tenía fuerzas para transportar un cubo de agua.

Por la noche oíasele proferir hondos gemidos y en sueños repetía :

—¡ Ah, Leonor, pérfida Leonor !

¡ Cuántas noches se despertó en su litera y se encontró rodeado por la tripulación en pleno que se reía de él a carcajada limpia !

—¡ Leonor, corazón mío !—decía alguno de los marineros, procurando endulzar su voz atronadora y fingiendo que lloraba.

A Ramuncho herían profundamente estas burlas, pero había de callarse, pues sabía que cualquiera de aquellos hombretones le hubiera vencido sin necesidad de utilizar más que el dedo meñique.

Ramuncho, además de un amante desengañado, era miedoso como un conejo. De noche, cuando había mar de fondo y las cuerdas chirriaban en el aparejo de la nave, me-

tía la cabeza debajo de las almohadas y echábase a temblar como un azogado.

De aquí que apenas tuviera noticia de que había que ir a explorar una isla misteriosa, en vez de acudir al llamamiento del contra-maestre, se metiera en la cocina y se escondiera entre los sacos de patatas.

—Falta uno—repitió el contra-maestre, der :

—Es Ramuncho.

A lo cual, se precipitaron todos a respon-

—Ramuncho, el amante desengañado.

—Ramuncho, el que se pasa las noches pronunciando el nombre de su Leonor.

—Ramuncho, el que lanza tremendos chillidos cuando ve una rata.

—¡Silencio!—interrumpió el contra-maestre—. ¡A ver! Que vayan dos de vosotros a buscarle.

Poco después comparecía Ramuncho, arrastrado por dos forzudos marineros.

El infeliz temblaba como si le hubiesen aplicado la electricidad. Estaba pálido como un cadáver y su larga nariz parecía haberse agudizado.

—¡Yo no quiero ir a la isla de los duen-

des! — lamentábase el cuitado—. ¡Yo no quiero ir a la isla de los duendes!

—¡Cómo se entiende!—exclamó Magallanes más regocijado que indignado—. ¡Un marinero de mi tripulación lamentándose como un niño!

Y volviéndose hacia el contramaestre añadió:

—¡Exijo que vaya Ramuncho a la isla!

Pronto quedaron seleccionados los que habían de acompañar al contramaestre, y minutos después, con Ramuncho a la proa, navegaban en un bote hacia la isla.

La noche era muy oscura. La mar, algo inquieta, imprimía a la navecilla un movimiento acompasado y mareante. Conforme se acercaban a la isla, iba haciéndose más perceptible cierto rumor extraño que ya habían comenzado a percibir.

Nadie osaba hacer mención al inquietante susurro, pero todos lo oían. El contramaestre, cabizbajo, comenzaba a arrepentirse de su bravata, no por miedo, sino porque ello podía desmoralizar a sus hombres inculcándoles supersticiones perniciosas.

Los que remaban fueron instintivamente dando menos impulso al bote.

El contramaestre creyó necesario levantar los ánimos y ahuyentar las ideas negras.

—Tú, Cosme, y tú, Juan, dejad los remos y que os sustituyan otros dos que tengan más bríos. ¿Os creéis que remar es batir huevos? Vamos, fuera. Las doncellas nunca sirvieron para remar.

Todos cuantos iban en el bote se pusieron en pie para substituir a los remeros, mas no hubo necesidad. Estos, avergonzados por la reprimenda, hundieron las palas tan vigorosamente, que todos los que se habían levantado perdieron el equilibrio y cayeron nuevamente sobre los banquillos.

Hubo un instante en que sólo se oyó el ruido batir de los remos en el agua.

El bote se deslizaba raudamente sobre la mar oscura.

—Así—les animó el contramaestre — así me enseñaron a mí a remar cuando era niño. Un marinero ha de tener dos cosas: biceps y vergüenza.

Y de nuevo enmudeció.

Hubo otro largo silencio.

El singular silbido de la isla oyóse ahora claramente. Fué como el lamento de un monstruo herido. Comenzó en un tono bajo y luego fué creciendo y creciendo hasta henchir los espacios. En seguida comenzó de nuevo a decrecer hasta que sólo quedó de él un eco remoto y zumbador.

Finalmente, se desvaneció en absoluto y todo volvió a quedar sumido en el profundo reposo de las sombras.

Nadie se movió, nadie hizo el menor comentario. Los remeros seguían bogando acompasadamente.

—Si te cansas, Cosme, te substituiré—dijo uno.

—No me canso — repuso Cosme dignamente.

De pronto, oyóse un gemido semejante al que lanzaría una rata a la que le pisaran el rabo.

Todos se revolvieron en busca del que profiriese el afeminado chillido y entonces se dieron cuenta de que Ramuncho no iba en su puesto.

—¿Y Ramuncho?

—¿Dónde está Ramuncho?

Ramuncho no estaba en ninguna parte.
¿Se habría arrojado al mar?

De súbito, uno de los que remaban sintió una extraña molestia en la pantorrilla derecha y alargó instintivamente la mano.

—¡Aquí lo tengo! — se le oyó gritar—. Por lo menos, aquí tengo su nariz.

En efecto, pronto los tripulantes del bote pudieron observar que era Ramuncho la *cosa* que Cosme había cogido por la nariz.

El desdichado temblaba encogido como un conejo debajo del banquillo.

—¡Ay, yo me muero! ¡Ay, que me he puesto malo!—se lamentaba el infeliz.

—¡Ay, mi Leonor!—remedó el que iba a la popa con el contramaestre.

—Tirad al agua a esa gallina—bramó éste.

Ibase a cumplir al pie de la letra la orden del contramaestre, pero fué tal la impresión que recibió Ramuncho ante la idea de ir a hacer una visita a los tiburones, que cesó en sus quejas.

Entonces rectificó el contramaestre:

—Si calla, dejadle.

Y se le dejó, porque Ramuncho apretó los

labios con la firmeza de quien no piensa volverlos a desplegar en la vida.

La isla estaba ya muy cerca. Unas paladas más y el bote hundiría su quilla en la arena.

¿En la arena? No, no había playa en la inexplorada isla. Cuando la barca llegó a ella, los que la tripulaban se hallaron entre un montón de rocas informes que semejaban en la oscuridad contrahechos fantasmas.

La proa del bote se había introducido entre ellas y, al movimiento del mar, el casco de la pequeña nave golpeaba contra las agudas piedras produciendo sordos ruidos de caverna.

—Aquí no estamos bien—dijo el contra-maestre—. En un golpe de mar más fuerte, el bote se nos va a partir en dos contra una roca.

—Toda la costa está así—replicó un marinero.

—Ganas de hablar — insistió el contra-maestre—. ¿Qué has visto tú del resto de la costa para hacer esa afirmación? ¡Vamos! separad el bote y vayamos a ras de los es-

collos hasta hallar un sitio más a propósito para desembarcar.

Fueron a obedecer los marineros, pero en aquel preciso instante algo anuló la fuerza de sus miembros y les impidió obrar.

Fué el extraño gemido, el largo lamento de la isla, pero esta vez mucho más claro, mucho más intenso.

Al mismo tiempo que el sonido se produjera, un violento soplo surgió por entre las dos rocas que golpeaba la proa del bote, y éste zozobró como una pluma.

Los marineros, el mismo contramaestre, perdieron por un instante la facultad de hablar. El silbido, el aullido formidable zumbaba aún siniestramente en sus tímpanos heridos.

Pero el contramaestre comprendió que era necesario sobreponerse a la inevitable aprensión y rugió de nuevo, irguiéndose en la popa :

—¡ Vamos ! ¿ Es que habré de coger yo los remos ? ¡ A ver ! Dos hombres de vergüenza que sustituyan a ese par de ratones. ¿ Acaso entre todos nosotros no hay ni siquiera dos que tengan vergüenza ?

Hubo un silencio.

—Tú, Cosme ¿qué miras con tanta atención?

—Veo una luz—repuso Cosme sin vacilar.

—¿Dónde?

—Muy lejos, dirigiendo la mirada por entre estas rocas.

—¡Voto al diablo! ¡Que un hombre de tu talla vea visiones!

—No son visiones. Veo una luz.

—Yo también veo esa luz—apoyó Juan.

—Y yo—ratificó otro.

—Y yo—apoyó Ramuncho.

—¡Tú te callas, doña Leonor!—bramó el contraamaestre—. A ver ¿dónde está esa luz?

Y fué adonde se hallaban Juan y Cosme y lanzó la mirada por entre las rocas.

En efecto, estas daban paso a una profunda caverna en cuya lejanía columbrábase una hoguera que a tal distancia parecía la llama de un fósforo.

Quedó sorprendido, sin saber qué decir.

—¡Bah, una gruta como tantas otras!—rió al fin.

Pero en sus adentros no opinaba lo mismo.

No, no era una gruta como tantas otras.

¡ Aquellos alaridos, el olor singular de aquel aire denso que de vez en vez surgía en oleadas por entre las dos rocas... !

De súbito, se dió cuenta de que todo el bote se había introducido por la abertura. El movimiento del mar lo había ido impeliendo suavemente, imperceptiblemente, hacia la oquedad misteriosa y sombría.

Tuvo la fugaz idea de ordenar el retroceso, pero se contuvo. En tales circunstancias, retroceder representaba una cobardía y él no era un cobarde.

Así, pues, volvió a su puesto, irguió las espaldas y ordenó sin vacilar :

— ¡ Avante !

Los remos se hundieron en el agua y el bote avanzó por la angosta caverna.

Nadie pronunció palabra. Cosme y Juan, doblados sobre los remos, cumplían valerosamente con su deber.

El bote se deslizaba por entre dos paredes de roca, sobre las que la débil luz que los exploradores llevaban proyectaba fantásticos reflejos.

El agua semejaba la de un estanque. Era un agua mansa, como de charca cenagosa, y

en ella se hundían los remos rítmicamente, con suave sonido.

Otra vez el mugido se volvió a oír, y otra vez los remeros suspendieron su faena instintivamente.

Y fué ahora tan terrible, tan intenso, tan agudo, que algunos de los marineros se hubieron de llevar las manos a los oídos para que no se les reventaran.

Alguien tuvo una idea feliz.

—Es el aire—dijo cuando el último eco se extinguió—. El aire que silba al recorrer este laberinto de rocas.

—Es verdad : es el aire—respondió otro.

Y todos aprobaron, sintiéndose como aligerados de un gran peso que gravitara sobre sus espaldas.

Pero aquella luz... aquella luz que se columbraba en el fondo de la caverna y que poco a poco íbase agrandando... ¿Qué explicación podía tener aquella luz?

Se trataba de una hoguera, y una hoguera no se enciende sola. Era, pues, preciso que alguien anduviera cerca.

Así pensó el contramaestre y como si esta

idea agitara algo muy interno de su ser, rebulló en su asiento y rugió nerviosamente :

— ¡Avante !

El bote dió una repentina avanzada. Cosme y Juan cerraron los ojos y hundieron los remos vigorosamente una y otra vez.

Todos tenían la cabeza baja, como para evitar que su mirada tropezase con la inquietante hoguera. Pero todos parecían experimentar el deseo de llegar cuanto antes cerca de ella para que se desvanecieran de una vez sus dudas.

Por fin las aguas que circundaban al bote comenzaron a reflejar los inquietos vislumbres de las llamas cercanas.

La caverna iba ensanchándose gradualmente y momento llegó en que convirtiéndose en una gran rotonda, tan grande que debía de ocupar todo el subsuelo de la isla.

En el centro de ella es donde se hallaba la hoguera encendida, sobre una colina de rocas surcadas por extrañas enredaderas y raras plantas marinas.

Acercáronse los expedicionarios a esta especie de isla y dos de los marineros saltaron a ella sin esperar las órdenes del contra-

tre, el cual se limitó a decirles entonces que recorrieran el montículo por si hallaban en él algo extraordinario.

Así lo hicieron los marineros, y al llegar a lo más alto de las rocas, vieron que en la llana cima, junto a la hoguera, había un orificio.

Los dos se deslizaron por él y llegaron a un recinto de suelo, techumbre y paredes irregulares.

—Esto es la habitación de una persona— dijo el que había bajado delante.

—En efecto, lo poco que contiene esta oquedad demuestra que alguien ha hecho de ella una morada.

Veíase en un rincón un lecho formado por un liso montón de musgo cubierto por una piel de grandes dimensiones, y, atado a un saliente de la pared por una pata, un ave sin cabeza.

—Este es el lecho y ésta es la comida.

—¿Y cómo producirá el fuego quien aquí habite?

—Con piedras de chispa si las tiene, y si no, por el antiguo procedimiento de frotar una madera contra otra.

Salieron del recinto y dieron al contra-
maestre cuenta detallada de los resultados de
la requisa.

El contra-
maestre quedó un rato pensativo
y al fin, opinó, riendo y en voz alta :

—No es nada extraño que algún náufrago
haya llegado hasta aquí y aquí se haya ins-
talado. Es un caso que se ha visto más de
una vez. Aves, peces y plantas para alimen-
to. Hierbas y pieles para lecho. Mi opinión,
amigos míos, es que debemos volver a la
Trinidad sin preocuparnos más de lo que
realmente no tiene la menor importancia.

Y el contra-
maestre continuó riendo, gozo-
so del resultado de la expedición.

Mas su risa se apagó de súbito en sus la-
bios.

Algo muy dulce y venido de muy lejos
hirió gratamente sus oídos.

Era como un coro de ángeles, como la mú-
sica de un instrumento maravilloso.

Volvió la vista hacia sus compañeros y ad-
virtió que todos, como él, estaban inmóviles,
fascinados por el canto de divina dulzura.

—¿Oís?

—Sí, oímos.

—Debe de ser una sirena—dijo Ramuncho emocionado.

Y su espíritu sensible, olvidóse del miedo para entregarse a las divinas emociones del amor y de la belleza.

—¡ Oh, divino canto!—añadió, disponiéndose a poetizar largamente.

—¡ Silencio, golondrino! Como vuelvas a pronunciar una palabra más te arranco la nariz—interrumpióle el contraamaestre.

Después, dirigiéndose a todos, añadió:

—Introduzcamos el bote entre las rocas y aguardemos. El canto se acerca.

Así lo hicieron. Por entre los pétreos paredones de la caverna, la canción divina iba adquiriendo una vibración limpia, perfectamente perceptible.

No eran palabras lo que se oían sino extrañas modulaciones que unas veces tenían la gravedad del violoncelo y otras la cristalina agudeza de la flauta.

Siguiéronse las órdenes del contraamaestre y el bote quedó oculto entre los escollos.

Desde allí, los marineros escucharon.

La canción ahora tenía la augusta sonoridad de los cantos religiosos.

A fuerza de aguzar el oído, los expedicionarios percibieron entre las pausas del canto un ruido semejante al que ellos produjeron al remar para conducir el bote a lo largo de la gruta.

—Debe de venir en una barca—dijo uno.

—¿Quién?—inquirió otro.

—Quien sea.

Y para comprobarlo asomó por las rocas una parte del rostro.

—No, no es una barca—se le oyó decir.

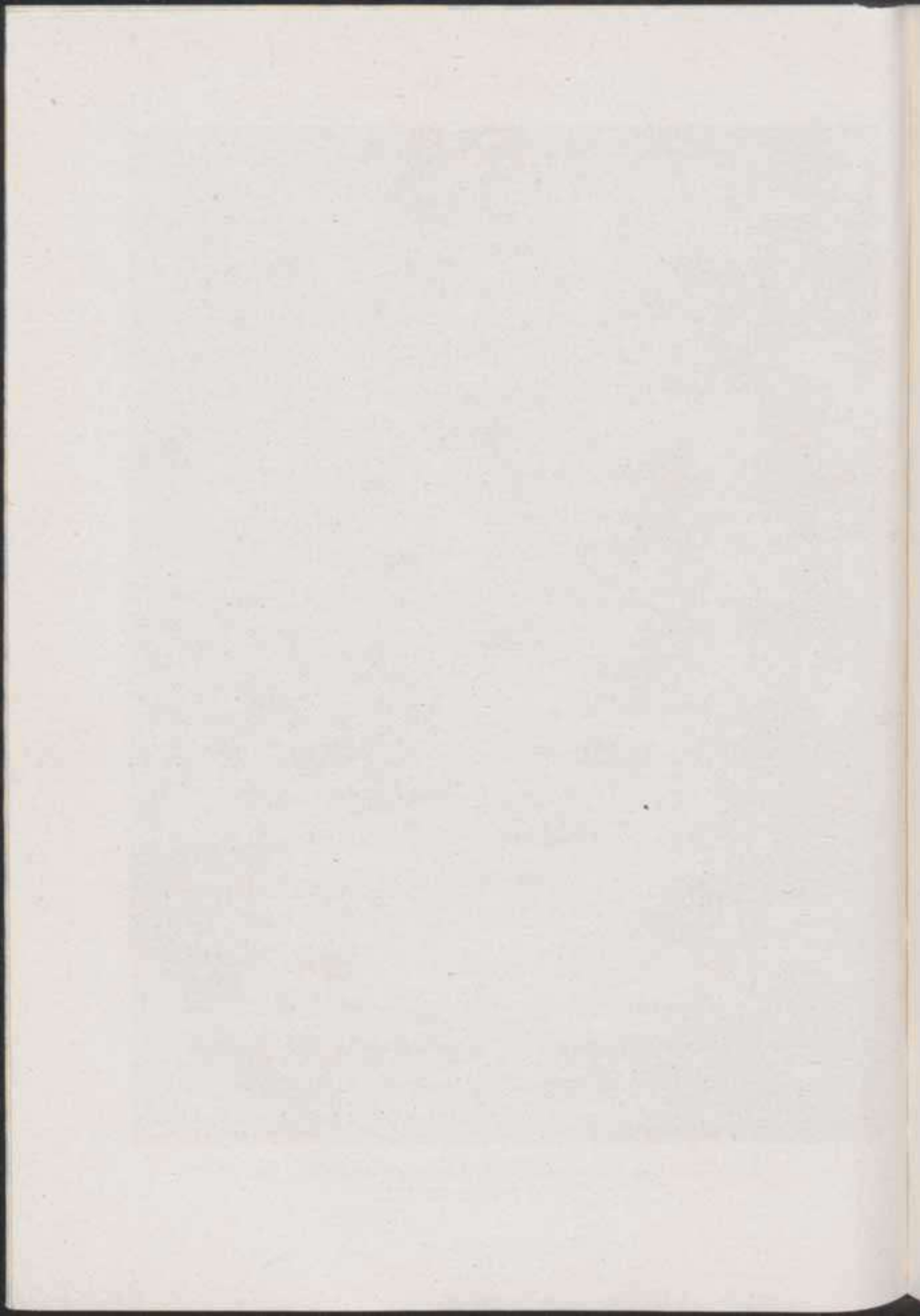
Lo que el marinero viera le dejó mudo de asombro. El ruido que al principio creyera producido por los remos de una barca era causado por los brazos de una nadadora. Brazos blancos, torneados magníficos que, húmedos e iluminados por la hoguera, relucían como si fueran de mármol bruñido.

También al resplandor de la hoguera, veíase claramente el rostro de la nadadora y el marino hubo de decirse que no viera otro tan hermoso en todos los días de su vida. Los ojos fulguraban cual diamantes negros. Los dientes tenían relumbres de nácar.

Cuando hubo llegado al montículo de rocas, la misteriosa doncella cesó de cantar.



Con agilidad felina se asió...



Con agilidad felina se asió a los escollos y trepó por ellos hasta la cima, donde se mostró enteramente a los ojos del marino que acechaba.

No llevaba sobre el cuerpo más que una piel semejante a la del tigre, que la cubría desde las rodillas a la garganta, y una corona de hojas sobre la cabeza.

Toda ella destilaba agua y la larga cabellera ceñíala desde la cintura a los hombros como una pieza más de su singular indumento.

Desapareció por el orificio y los marineros quedaron deliberando qué es lo que debían hacer.

—Vayamos a prenderla y conduzcámosla a la *Trinidad*—resolvió al fin el contramaestre—. Así pondremos fin de una vez a esta estúpida aventura.

Escalaron los marineros la cima del montículo de rocas y el contramaestre fué el primero en asomar la cabeza por el orificio.

La doncella estaba ya tendida sobre su lecho de musgo.

—¿Hay permiso para unos caballeros?

La dama incorporóse con sobresalto. Sus

hermosos ojos abriéronse con indecible terror.

Quedó mirando fijamente al contraamaestre, y como éste no pudiera evitar una carcajada ante la actitud medrosa de la bella salvaje, ésta se puso en pie de un salto.

— ¡*Atán marrajú fajenda!* — exclamó, y levantando la piel que cubría el lecho de musgo desapareció debajo de ella.

— Buen susto se ha llevado — dijo el contraamaestre volviéndose a los demás —. Se ha escondido debajo de una piel de tigre.

— ¿Qué habrá querido decir con eso de marrajú fajenda?

— A lo mejor nos ha insultado.

— Seguramente — opinó Juan —. Marrajú paréceme una palabra muy fea.

— Bien sé yo lo que quiso decir. Su lenguaje fué de amor, de pasión profunda — opinó Ramuncho.

El contraamaestre se volvió y propinó un cachete al galán.

— Los niños zangolotinos oyen, ven y callan — le dijo entre las risas de los demás.

Y añadió, dirigiéndose a los otros:

— Vayamos por la dama.

Uno tras otro, todos los marineros descendieron al oscuro y húmedo recinto.

El contramaestre avanzó hasta el lecho y, cogiendo la piel por uno de sus picos, anunció solemnemente:

—Atención. Va a descubrirse el cuadro maravilloso.

Y tiró de la piel.

Mas debajo de ella no había nadie: una no muy gruesa capa de musgo, incapaz de cobijar a una persona.

Todos se volvieron instintivamente, buscando a la dama nadadora.

Y sólo hallaron las cuatro paredes desnudas del estrecho recinto.

La cantante de la gruta habíase desvanecido como el humo.

LA HIJA DEL MAR

VII



OR primera vez en su vida, el contramaestre sintió la angustia del miedo.

Y ni uno sólo de los que le acompañaban dejó de compartir su aprensión.

Ramuncho, sobre todo, temblaba cual si acabaran de darle una ducha. La nariz parecía alargársele y vibraba como la punta de un espadín.

—Nadie—dijo el contramaestre con voz ahogada.

—Nadie—repitió Cosme.

Y tras una pausa durante la cual los ojos del contramaestre permanecieron clavados en la ligera capa de musgo, se inclinó y escarbó entre la húmeda hierba.

Pronto quedó toda ella esparcida por el recinto. Después se revolvió nerviosamente y

dió una vuelta por él, examinando las paredes de la techumbre y el suelo.

Nadie. Nada. Ni una abertura por donde la bella dama de los mares hubiera podido escapar.

—¿No habrá alguna puerta oculta, disimulada?

—¿Alguna puerta?—preguntó a su vez el contraamaestre con extrañeza.

—Alguna salida. Si una piedra tiene un orificio y ese orificio lo tapamos con otra piedra, el hueco quedará perfectamente disimulado.

El contraamaestre miró fijamente, pensativamente a Cosme.

—Una puerta... un orificio...—pensó en voz alta.

Acto seguido fuese hacia el lugar que antes se hallaba cubierto de musgo y comenzó a golpear el suelo con el pie.

Por fin, sus golpes tuvieron una repercusión profunda.

--¡Aquí!--exclamó triunfalmente.

Y se inclinó para examinar la piedra que sonaba a hueco.

En efecto, pronto halló las disimuladas

rendijas y una parte de ellas más ancha, por donde pudo perfectamente introducir los dedos.

Levantó la pétrea tapadera y el rumor del mar llenó el recinto.

—¡ Por aquí ha huído !—dijo gozosamente.

Y en el acto dispuso lo que debía hacerse para dar caza a la dama de la gruta.

—Dos de vosotros se quedarán aquí. Los demás saldremos al margen de la isla y, escalando la costa, la recorreremos hasta dar con nuestra sirena. Y digo dar, porque es seguro que este paso conduce a la superficie de la tierra.

Después, reparando en la expresión fatigada de Cosme y Juan, varió de opinión.

—Quería que lo hiciéramos todo ahora, mas tal vez sea preferible que nos tumbemos a dormir y comencemos nuestras investigación cuando amanezca.

Nadie se opuso, cosa que demostraba plenamente que no estaban los ánimos para emprender entonces la busca.

—A dormir, pues—ordenó el contraamaestre.

Pocas órdenes habían cumplido tan a gusto los marineros de Magallanes.



A la hora del alba, el bote se dirigió ligeramente hacia la salida de la gruta.

En el recinto habían quedado Cosme y Juan.

Ramuncho acompañaba al contramaestre y a los restantes marineros.

Cuando llegaron a la mar abierta observaron que ya el sol asomaba por el horizonte.

Lejos columbrábase la escuadra, donde se aguardarían con ansia las noticias de los exploradores.

—Atraquemos en aquella parte de la costa—dijo el contramaestre señalando hacia un punto donde los escollos alcanzaban poca altura.

Hacia allí fueron.

Atracaron el bote y treparon ágilmente por las rocas.

Una vez arriba, quedaron sorprendidos de la frondosidad del paraje.

—¡Fecunda tierra!—comentó uno de los marineros.



—¡ Y extraña flora!—dijo otro.

Siguiendo al contramaestre internáronse en un tupido bosque de árboles rarísimos.

Aves de policrómicas plumas, cantaban y volaban sobre sus cabezas.

Fuentes y arroyos surcaban el verde suelo concertando una bella canción con el rumor de sus aguas.

—Parece una isla de encantamiento. ¡ Oh, Amor ; oh, Naturaleza !

El que ahora había hablado era Ramuncho. Tenía los brazos abiertos y los ojos en blanco.

Pero nadie le molestó esta vez con sus burlas, pues hallaban justificado el desahogo poético.

Del mismo modo consideraron el grito que lanzó cuando vió prendida en la rama baja de un árbol una mata de pelo.

Todos se detuvieron ante aquel vestigio de vida.

Era evidente que por allí había pasado una mujer.

—Y una mujer que llevaba prisa—opinó uno—, pues de haber ido con calma se hubiera detenido a desenredar su cabellera, en

vez de tirar de ella tan fuerte que se ha dejado aquí una parte del pelo.

Un marinero se acercó a la rama y después de tocar el cabello lanzó una exclamación.

—¡ Está mojado !

—Entonces—dijo el contramaestre—, ya no cabe duda de que pertenece a nuestra dama.

Y dicho esto, se puso en cuclillas debajo de la rama y examinó el suelo con mucha atención.

Al fin dijo :

—Seguidme.

Y en cuclillas como estaba, fué avanzando mientras con el índice extendido señalaba al suelo.

—Va siguiendo la huella de los pies de la dama—dijo el más astuto de los marineros.

Efectivamente, tales huellas seguía el contramaestre, pues al llegar al tronco de otro árbol vecino se detuvo y dijo extrañado :

—¿ Cómo es posible que terminen aquí las impresiones de unos pies humanos ? ¿ Dónde puede haberse ocultado el ser que haya dejado estas huellas ?

Quedó un momento pensativo y después, poco a poco, fué deslizando la vista por el tronco del árbol. Cuando sus ojos llegaron a la copa, lanzó un grito.

—¡ Allí !

Todos levantaron la vista y vieron que en la altísima copa, medio oculta entre el follaje, había una mujer, la misma mujer que la noche anterior vieran en la gruta.

Cuando la dama se dió cuenta de que la habían descubierto, comenzó a saltar de una rama a otra, trepando entre el follaje con ligereza felina.

Al mismo tiempo profería extraños alaridos de pavor.

—Hemos de subir por ella—dijo el contramaestre.

—Si obramos así—se permitió advertir un marinero, corremos el peligro de que se tire, con lo que no quedaría muy bien librada.

—No hay otro remedio.

Y tras una breve pausa en la que se dedicó a calcular la altura que habría de la copa del árbol al suelo, prosiguió :

—Esparcíos formando un círculo alrededor del tronco. Así, si salta, no podrá huir en

dirección alguna. Esto, claro es, suponiendo que después del salto quedara con fuerzas para correr.

Y se asió al tronco del árbol y comenzó a trepar por él con ligereza.

La dama, viéndose acosada, redobló sus gateos y sus brincos y, al fin, considerando que no tenía salvación, saltó a la copa de un árbol vecino, mas con tan mala fortuna que la rama a que fué a asirse no opuso la suficiente resistencia y se quebró dando con la dama en el suelo.

Cuando los marineros y el contramaestre, que descendió a toda prisa del árbol, fueron a auxiliarla, advirtieron que de su frente manaba sangre.

La herida no era profunda, mas la hermosa doncella habíase desvanecido.

Gracias a ello, les fué fácil transportarla al bote y conducirla a la *Trinidad*, después de haber ido a recoger a Juan y Cosme que aguardaban en el recinto de la gruta.

EL ESTRECHO DE MAGALLANES

VIII



N seguida prosiguió la es-
cuadra su ruta hacia el
Sur.

Apenas el contramaes-
tre y los que le acompa-
ñaban dieron cuenta de su
exploración, relatando minuciosamente la
aventura de la gruta, Magallanes mandó le-
var anclas y poner proa hacia la parte me-
ridional de América.

A la dama herida, se le prodigaron toda
clase de cuidados, curándole la herida de la
frente y ofreciéndole los mejores manjares
que figuraban entre las provisiones de a bor-
do. Mas ella se negaba a tomar nada y res-
pondía a las solicitudes con gritos coléricos.

Apenas abriera los ojos, al volver en sí
de su desmayo, y se tropezara con la mirada
del contramaestre, el cual era uno de los que

formaban círculo ante ella, su primer movimiento fué de fuga.

Mas se la sujetó y se la obligó a permanecer echada e inmóvil.

Su segundo gesto de rebeldía consistió en quererle arrancar la venda que ceñía su frente, cosa que también lograron impedir los que la cuidaban.

Por fin rindióla la fatiga y estuvo durmiendo unas horas.

Esto calmó sus nervios para el resto de la jornada. Tanto fué así, que los tripulantes de la *Trinidad* comenzaron a olvidarse de ella.

La dejaron al cuidado de un enfermero y cada cual volvió a su trabajo como si nada hubiera ocurrido.

Mas he aquí que cuando menos se acordaban de ella, todos quedaron sorprendidos por los gritos del enfermero, el cual manifestaba que la dama herida había desaparecido.

Interrogado por el contramaestre, el enfermero declaró que se había dormido y que al despertar halló vacía la litera que antes ocupaba la paciente.

Toda la tripulación se puso en movimiento.

Al fin oyóse la voz de un marino que escudriñaba el mar desde la popa :

— ¡ Se ha lanzado al mar ! ¡ Va camino de la isla !

En efecto, hacia la isla nadaba, batiendo bajo el sol sus hermosos brazos de pureza marfilina.

Magallanes, al verla, tuvo una sonrisa de piedad.

— Dejadla — dijo —, dejad que la paloma vuelva a su nido y a su mundo. ¡ Admirable mujer ! ¡ Hermosa libertad la suya !



La nave, mientras tanto, seguía su camino hacia el Sur.

Magallanes se había llevado al contra-maestre a la proa y le iba diciendo :

— Tú eres un buen marino y un amigo de confianza. Por eso a ti voy a revelarte un secreto que no he querido revelar a nadie. Siguiendo siempre estas costas hacia el Sur, hallaremos un estrecho por el que pasaremos a las islas Molucas. Sí, amigo mío, sí ; ha-

llaremos un estrecho. Yo lo he visto trazado en un mapa de Martín de Bohemia. Y si, una vez en las Molucas continuamos hacia el Sur de Africa, resultará que cuando lleguemos a España habremos dado la vuelta al mundo, cosa que ningún navegante ha hecho todavía.

—Comandante, de día en día mi admiración por ti va siendo mayor.

—No me admires. No lo merezco. Mis méritos son muy pocos. Soy un hombre que nací para navegar y que navego más que nada con un fin egoísta: con el de proporcionarme el placer de saciar mis más altos anhelos.

—Altos anhelos. Tú lo has dicho, comandante. Altos y nobles como tu empresa, como tú mismo. Si haces el bien, nadie te debe preguntar por qué lo haces: el deber de todos es estarte agradecidos.

—Un estrecho... La vuelta al mundo...

Las palabras del gran navegante tenían un matiz de ensueño.

• • •

Al día siguiente hubo que lamentar una desgracia. El navío *Santiago* fué enviado a explorar la costa y un golpe de mar le arrojó

contra ella haciendo imposible su salvación.

No obstante, de la tripulación no pereció un solo individuo.

Este triste suceso no restó ánimos al comandante, el cual siguió su ruta hacia el Sur, más esperanzado cada vez.

Por fin, la *Trinidad* se halló frente a una bahía a cuya vista ordenó Magallanes que toda la escuadra se detuviera.

Después envió a los navíos *Concepción* y *San Antonio* a explorar la bahía mientras la *Trinidad* y la *Victoria* les aguardaban.

Y la *San Antonio* y la *Concepción* partieron.

Cuando ya habían perdido de vista a los otros barcos, sorprendióles una tempestad que puso fuera de sí al capitán del *San Antonio* el portugués Esteban Gómez.

—El viajecito nos va a costar la vida—dijo a uno de los oficiales, que estaba a su lado.

—En efecto, creo que estamos perdidos. La tormenta nos arroja hacia tierra y terminaremos por encallar.

—¡Ojalá encalláramos! Si así sucediera,

ello significaría que estaríamos muy cerca de la costa. Y estando cerca de la costa podríamos salvarnos nosotros aunque se perdiera el barco.

No dijo más. Había dado orden de que todo el mundo abandonara su puesto dejando el navío a merced de las olas.

La *Concepción* hallábase muy cerca de él, pero el capitán de esta nave obraba de muy distinta manera. Se deshacía dando órdenes para salvar el barco.

El timonel luchaba también heroicamente.

Chirriaban las velas. Mecíase el barco como una pequeña astilla.

Y he aquí que cuando creían que la catástrofe iba a suceder, el capitán descubre que la bahía tiene una salida, un canal que se interna en su costa.

—Estamos salvados—se apresura a comunicar a los demás oficiales—. Podemos dirigir el barco por ese canal que parece llega muy lejos, y antes de que la tierra corte nuestra ruta, el temporal habrá amainado.

Así lo hizo. La *Concepción* se introdujo en el canal sin cesar de mecerse a un lado y a otro.

Esteban Gomez, al verlo, rugió de rabia.
—Este imbécil nos obliga a seguirle. Es forzoso que sucumbamos o conquistemos la gloria para ese intruso que se llama Hernando de Magallanes.

Y le siguieron.

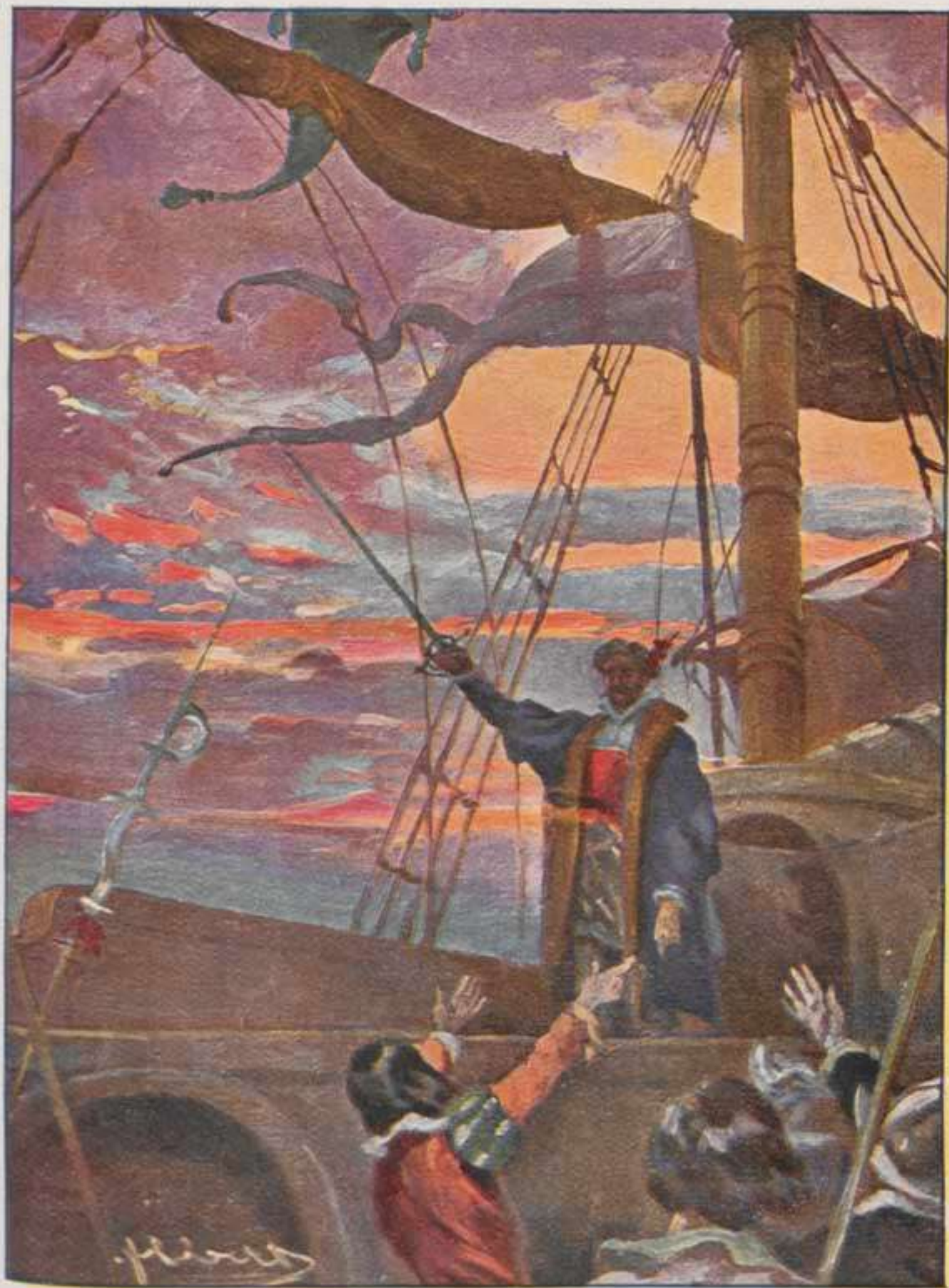
Y cuando los tripulantes de la *Concepción* creyeron que el canal iba a terminarse, se hallaron con otra bahía más grande que la primera.

Obraron como en la anterior y cruzaron un nuevo estrecho y desembocaron en una nueva bahía, ésta tan inmensa que les hizo presumir que de ella se salía al mar, esto es, que habían hallado un estrecho para cruzar la América del Sur.

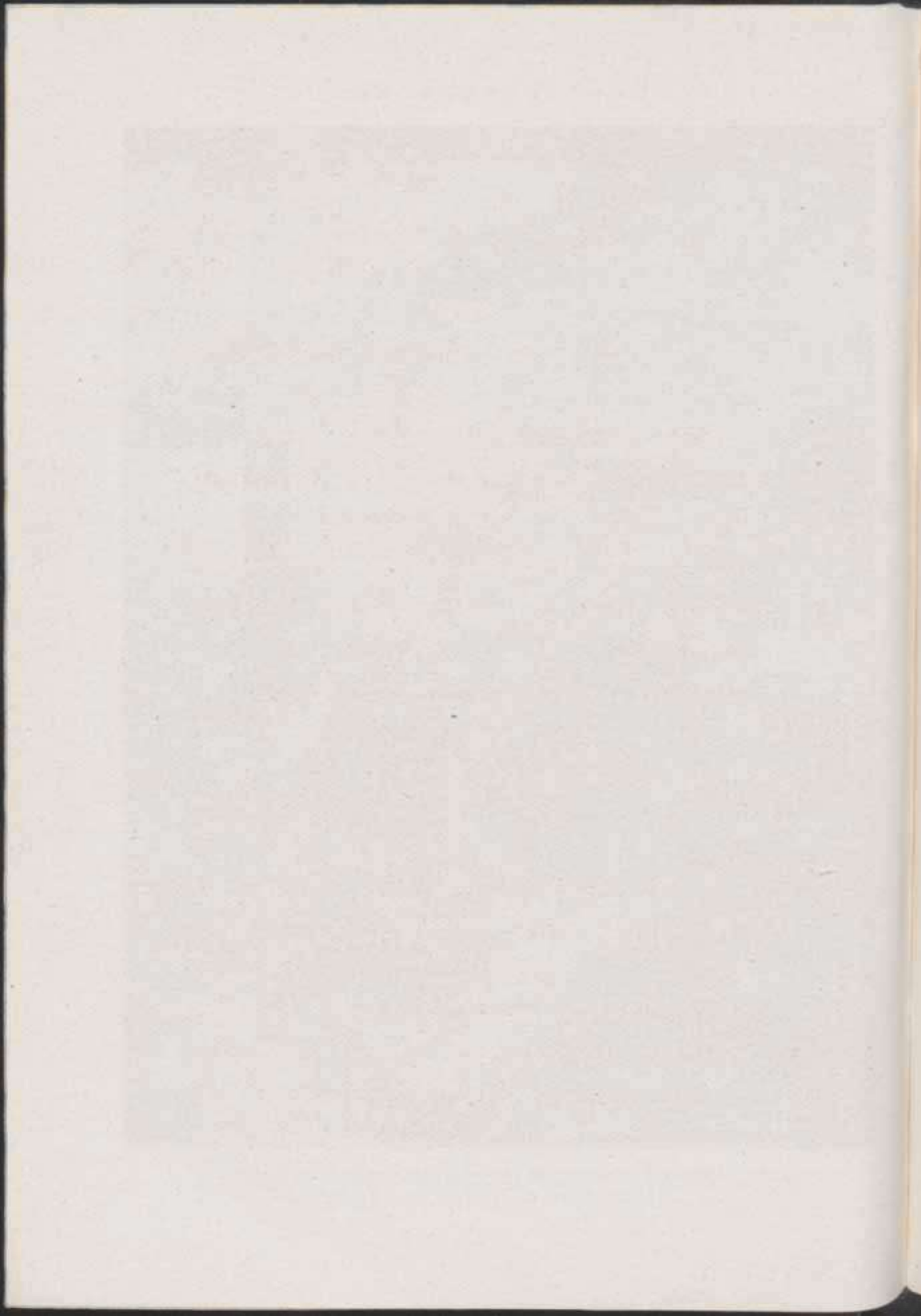
Entonces no siguieron hacia adelante, sino que volvieron a reunirse con los otros navíos de la escuadra para dar la sensacional noticia.

El *San Antonio* les siguió, con gran pesadumbre por parte de su capitán, que cada vez odiaba más a Magallanes.

Mientras tanto, éste y los que con él habían quedado, aguardaban con impaciencia el regreso de las naves exploradoras.



— ¡Estamos en el Estrecho, amigos ...



Dos días hacía que habían partido y aun no sabían nada de ellas.

Por fin el comandante decidió ir en su busca y la *Trinidad* y la *Victoria* se internaron en la bahía.

No habían recorrido aún media milla cuando vieron aparecer al *San Antonio* y a la *Concepción*, los cuales, al llegar más cerca de ellos, comenzaron a disparar bombardazos y a dar muestras de regocijo.

Magallanes lo presumió todo.

—¡Estamos en el estrecho, amigos míos! —gritó gozosamente—. ¡El estrecho mío! ¡El que me ha robado tantas horas de sueño! ¡El que tantas penas me ha proporcionado! ¡¡Aleluya!!

—¡¡Aleluya!!—respondió la tripulación en pleno.

• • •

Cuando supo que, en efecto, lo que al principio pareció una bahía después tenía todo el aspecto de ser el comienzo de un estrecho, lloró como un niño.

¡Oh Magallanes, gran Magallanes! ¡Qué valor tiene para el mundo cada una de tus lágrimas!

Siguióse la ruta ya recorrida por el *San Antonio* y la *Concepción*, y al llegar a la tercera bahía halláronse los navegantes con que de ésta partían dos canales: uno al Sureste y otro al Suroeste.

El *San Antonio* y la *Concepción* fueron enviados por el Sureste para ver si efectivamente por él se salía a la mar, mientras la *Trinidad* y la *Victoria* entraron en el de Suroeste.

Entonces si que hall el capitán del *San Antonio* ocasión para hacer una mala jugada a Magallanes.

Como su navío era mucho más ligero que la *Concepción*, ordenó que se forzara la velocidad para que cuando el otro se perdiera de vista pudieran ellos desandar lo andado, regresando a Europa.

Toda su tripulación estaba conforme menos un oficial, al que se le sometió usando de la fuerza.

De aquí que la *Concepción*, perdida y desorientada, hubiera de cruzarse en el canal en espera de que acudieran en su ayuda.

La *Victoria* y la *Trinidad* anclaron en el principio del canal Suroeste y enviaron una

chalupa para ver si el estrecho desembocaba en la mar abierta.

Pronto reapareció la pequeña embarcación, y como sus tripulantes dieran muestras de contento, Magallanes expresó con un suspiro su satisfacción inmensa.

—¡ Por fin ! ¡ Gracias, Señor !

Llegaron los de la chalupa.

—Comandante, el estrecho desemboca en el mar, en un mar inmenso y de tranquilas aguas por el que vamos a poder navegar fácilmente.

—¡ Navegaremos ! — repuso Magallanes volviendo a llorar de alegría—. ¡ Llegaremos a las Molucas ! ¡ Daremos la vuelta al mundo !

Y después de prorrumpir en animosos *aleluyas*, dijo razonablemente :

—Mas ahora vamos en busca de las naves que se internaron por el canal de Sureste.

• • •

Como es de suponer, no hallaron más que a la *Concepción* cruzada en el canal.

—¿ Y el *San Antonio*?—se preguntó a sus tripulantes.

—No sabemos nada de él—respondieron—. Forzó la marcha, y nosotros, incapaces de seguirlo, anclamos aquí. No lo hemos vuelto a ver.

Magallanes hizo todo lo posible por hallarlo, más viendo que su busca era inútil prosiguió el viaje hacia el mar que había descubierto la chalupa.

Una vez en él, la navegación fué una delicia de orden y tranquilidad. Calma en la mar; paz y alegría en las naves.

Así, animados por el éxito, fueron avanzando hacia las Molucas.

Se tropezaron con muchas islas y las conquistaron fácilmente. Tal confianza, tal seguridad en sí mismos les había prestado el reciente éxito, que nadie osaba oponer la menor resistencia a la serenidad y a la valentía de aquellos marinos.

Seguían derechamente el camino triunfal que se les había abierto.

LA TRAGEDIA

IX



DESPUÉS de muchos meses de navegación, llegaron a las importantes islas de Zubú.

Magallanes pensó en seguida en conquistarlas y envió a tierra, a conferenciar con el rey indígena, a un intérprete convenientemente aleccionado.

Una vez consiguió el intérprete llegar a la presencia del más ilustre personaje de la isla, preguntóle éste :

—¿Qué deseáis de nosotros, extranjeros?

—Nada que no esté dentro de la paz y de la buena armonía—repuso el intérprete.

—Mi jefe, don Hernando de Magallanes, navega por orden del más poderoso rey de la tierra y, al pasar por aquí, quiere testi-

moniarte su simpatía al mismo tiempo que proponerte un equitativo comercio.

—Da las gracias en mi nombre a tu ilustre jefe por su atento saludo, pero dile al mismo tiempo que ningún barco entra en mi puerto sin pagar su tributo.

—Te he dicho que mi jefe viene en son de paz, más ahora añadido que si tu no la quieres, todo el poder de su brazo caerá sobre ti para destruirte. Poseemos armas que tu desconoces y una técnica guerrera de que tú careces. Basta una señal de su brazo para que toda esta isla quede convertida en un montón de escombros. Mi jefe no pagó jamás tributo alguno ni quiere pagarlo ahora. Mi jefe te encarece que lleguéis a un acuerdo comercial. ¿Qué dices ahora?

El rey indígena quedó algo atemorizado ante el expresivo discurso del europeo, y no sabiendo qué determinación tomar, dijo que al día siguiente daría la respuesta.

En efecto, veinticuatro horas después, el heredero del trono de Zubú, acompañado de los más distinguidos personajes de la isla, presentáronse en la *Trinidad*, donde Magallanes les recibió con toda cortesía.

—Capitán—dijeron—, venimos a anunciarle en nombre del rey que está haciendo acopio de víveres para regalártelos y que le honra sobremanera la amistad de un navegante de tu altura.

—Llevad a vuestro rey mi más profunda gratitud, pero decidle al mismo tiempo que no quiero regalos, sino cambios. Trocaremos lo nuestro por lo vuestro, de modo que nadie salga perjudicado. Ahora bien, quiero tener la exclusiva de vuestro intercambio, quiero ser vuestro exclusivo comprador. Sin duda alguna vuestro rey aceptará esta nueva condición, porque es sabio, generoso y prudente. Además, le conviene, pues de no aceptar, iremos a la guerra, y ahora vais a ver cómo guerreamos nosotros.

Y ordenó a uno de los marineros que se armara de pies a cabeza, e hizo disparar los mosquetes y las bombardas.

El príncipe y los suyos, al ver al marino cubierto con la coraza y provisto de su fuerte lanza, comprendieron lo terrible que debía de ser una lucha con aquellos extranjeros.

Después, al oír disparar las bombardas y

los mosquetes, no pudieron evitar un gesto de pánico.

—Así guerreemos nosotros—dijo Magallanes—, más no temáis, que no habremos de llegar a tales extremos.

—Nuestro rey—dijo el príncipe, tembloroso aún—, te profesa tal simpatía, que está dispuesto a acatar todos tus mandatos y hasta a abrazar tu religión.

Al oír esto, Magallanes no pudo ocultar su alegría.

—¿Eso ha dicho vuestro rey? Bien, pues respondedle que si se deja bautizar le convertiré en el ser más poderoso de todas estas islas. ¿Cuál es vuestro Dios?

—Tenemos muchos ídolos a los que reverenciamos todos los días y por los cuales hacemos los mayores sacrificios.

—¿Y vuestro rey está dispuesto a desdeñar esos ídolos por la religión cristiana?

—Sí.

—Bien. Pues id y decid a vuestro rey que señale el día en que debemos bautizarle y que desde ahora debe contar con nuestra ayuda.

Y cuando los indígenas se fueron, exclamó Magallanes gozoso :

—Esta si que ha sido una buena conquista.

• • •

Volvió el príncipe y le indicó la fecha en que el rey estaba dispuesto a bautizarse.

Magallanes fué a la isla el día convenido, y el rey le recibió con amabilidad exagerada.

—¡ Oh, gran señor !—fué lo primero que le dijo—¿ Es cierto que piensas ayudarme para imponer mi autoridad a todos los reyes de las islas vecinas ?

—Cierto, porque me han dicho que vas a convertirte a la religión cristiana, y para mi un hijo de Cristo es un hermano.

El rey le besó las vestiduras y lo condujo a su vivienda.

Mas, durante el camino, observó el navegante que un nutrido grupo de indígenas hacían profundas reverencias al sol.

—¿ Qué hacen ?—preguntó al rey.

—Ruegan—repuso éste—por que los dioses devuelvan la salud a un hermano nuestro.

—No hay más Dios, que uno, y Ese es

a quien hay que rogar. Quiero ver al enfermo.

El rey, inquieto por el tono duro que había usado Magallanes, le condujo al interior de la vivienda del enfermo, el cual pertenecía a la familia real.

Tenía la casa llena de figuras horribles, talladas toscamente en madera, las cuales representaban los ídolos que el rey había prometido desdeñar.

—¿No me dijiste que ibas a abrazar la religión cristiana?

—Sí, y así he de hacerlo.

—¿Qué hacen aquí, entonces, todas estas monstruosas figuras?

—Van a devolver la salud al enfermo. Cuando éste sane, las arrojaremos a las llamas.

Magallanes tuvo una súbita inspiración.

—Quien va a devolver la salud al enfermo, va a ser el Dios único y todopoderoso.

Y volviéndose al sacerdote que le acompañaba, añadió:

—Pasemos a la estancia de ese desdichado.

Guiados por el rey, penetraron en un re-

cinto, donde, tendido sobre el más extravagante lecho, veíase el cuerpo de un indígena de faz enjuta y desencajada.

—¿Qué te sucede?—inquirió Magallanes.

—Me muero.

—¿Amas la vida?

—Sí, quiero vivir, no quiero dejar este bello mundo...

—Pues en tu mano está el curarte.

—¿Cómo?

—Convirtiéndote a la religión cristiana, consintiendo en ser bautizado como manda la iglesia.

—¿Y así sanaré?

—Sanarás.

Y fué tan firme el tono que había empleado Magallanes, que el indígena se dejó bautizar al mismo tiempo que su rey.

Días después, ¡oh, poder infinito del que todo lo puede!, el enfermo sanó.

La fé entonces prendió bravamente en los pechos de aquellos salvajes.

¡Aquella, aquella había sido una verdadera conquista!

•••

Al día siguiente, el comandante tomó la

determinación de seguir convirtiendo a los indígenas de las islas vecinas, las cuales conquistaría comercialmente al mismo tiempo.

Y las naves tomaron rumbo a la pequeña isla de Matán, en cuyas cercanías se detuvieron.

Fué a tierra el emisario como en Zubú y, como en Zubú, quedaron en responder dentro de veinticuatro horas a las instancias de Magallanes.

Trascurrido este plazo, presentóse a bordo un enviado de la Isla.

—Señor—dijo a Magallanes—. Mi rey quiere estar en paz contigo y te profesa gran simpatía, pero el otro jefe, el que comparte con él el mando de la tribu, se niega a tener contigo trato alguno.

—¿Sabe ese desdichado que iré a la guerra, que asolaré la isla?

—Señor...

—¿Sabe ese desventurado que va a morir colgado del palo de mesana de mi navío *Trinidad*?

—Está ciego, señor; no quiere saber nada.

Entonces Magallanes se volvió y dió voces de llamada.

— ¡ A ver ! ¡ dos marineros ! ¡ Pronto !

Y cuando los marineros llegaron, les dijo :

— Prended a este hombre, pero no le hagáis el menor daño. Desde este momento, estamos en guerra con la isla de Matán y todos sus habitantes son enemigos nuestros.

Y tras una pausa, añadió :

— Que se corra la voz por toda la escuadra, que se preparen las tres chalupas mayores y que no quede un marinero sin armar. ¡ Cargad las bombardas ! Preparad las flechas, las lanzas y los mosquetes.

Como un incendio que se propaga, la noticia corrió de boca en boca. Los marineros iban y venían, los oficiales daban órdenes a voz en grito. En un instante todo estuvo preparado. Mecíanse en el mar las aprovisionadas chalupas. Las tres cuartas partes de los marineros ostentaban ya, unos el brillo esplendoroso de su armadura y de su lanza, otros los mosquetes de boca mortífera, y otros, en fin, el arco elástico de las flechas.

— Mi armadura — gritó el comandante entonces,

Nadie se movió.

—¡ Mi armadura ! ¿ no me entendéis ?

Entonces se adelantó un oficial y dijo :

—Te entendemos, comandante, pero no consideramos prudente que expongas tu preciosa vida, cuando podemos exponerla nosotros por ti.

—Un buen pastor—se limitó a decir Magallanes—no debe abandonar a su rebaño.

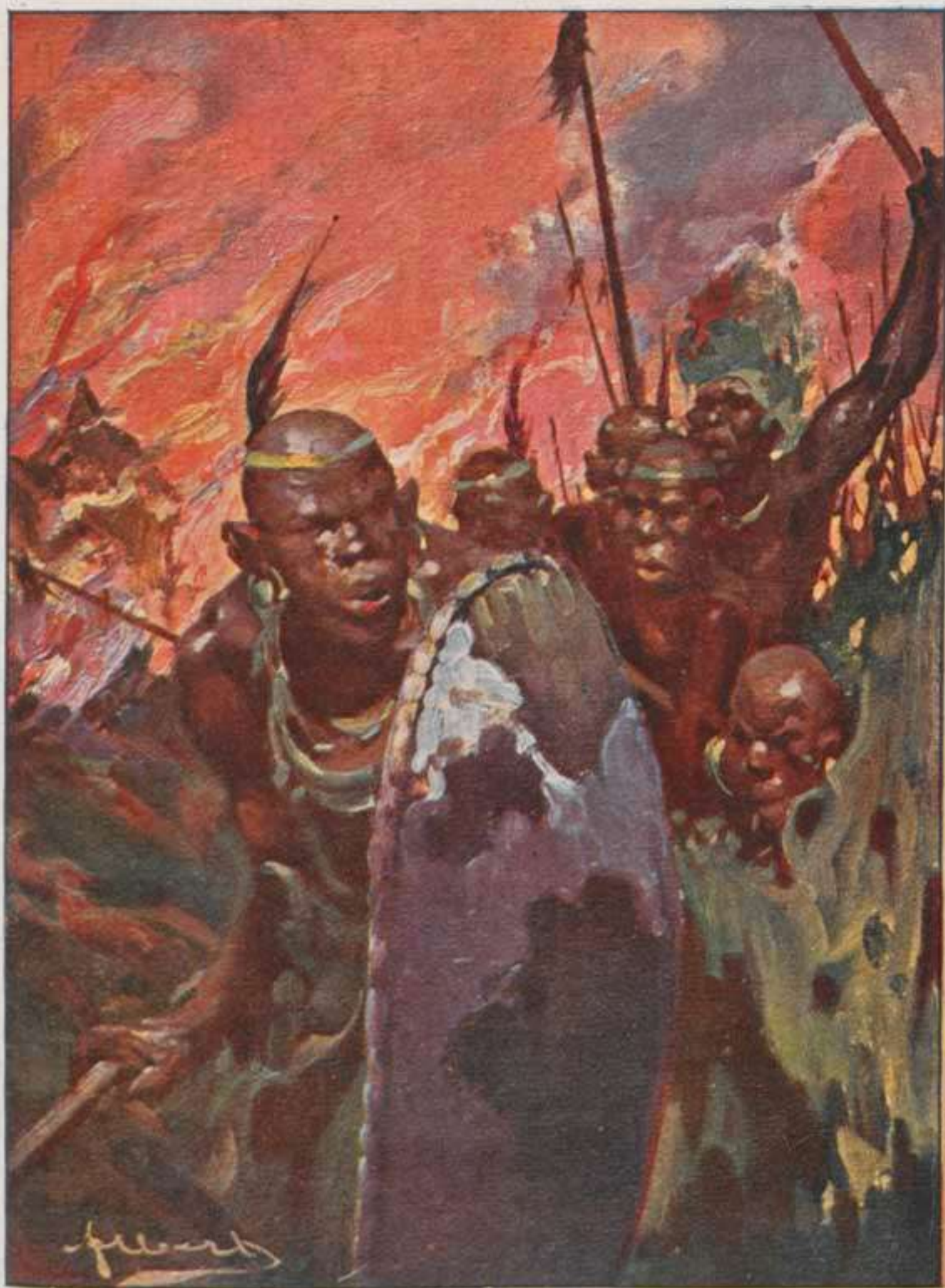
Y era su ademán tan resuelto, tan firme su palabra, que hubo que entregarle la armadura y dejarle embarcar en la chalupa que iba a ir delante.

Se dirigieron a la costa. Cuando llegaron, ya una nutrida hueste de salvajes les aguardaba, pero al retumbar de los mosquetes se desconcertaron y huyeron despavoridos.

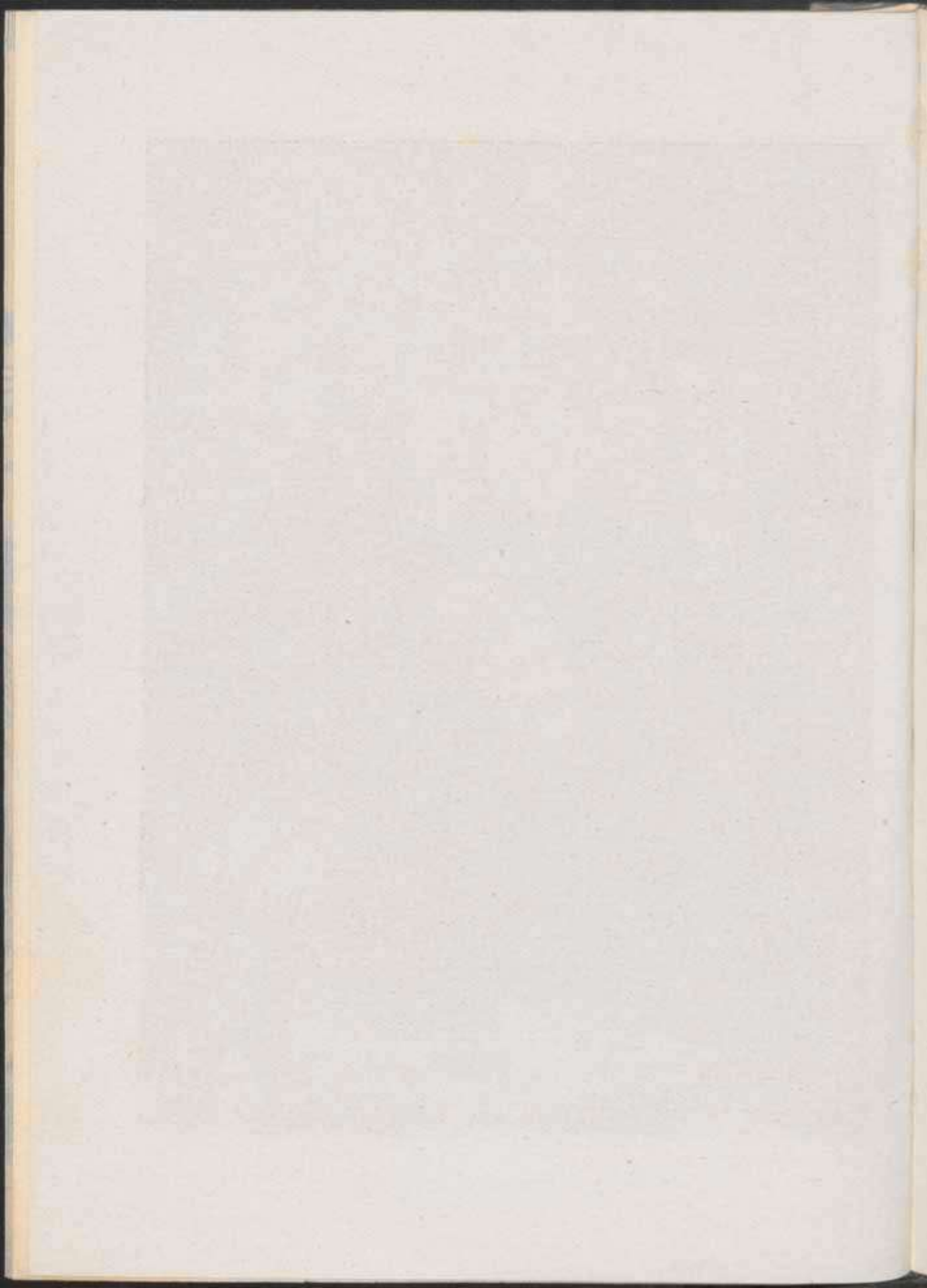
—¡ Adelante !—gritó Magallanes dando él el ejemplo.

Cuando llegaron a las primeras casas de la isla, los guerreros se detuvieron obedeciendo a la voz del comandante.

—¡ Prended fuego a estas viviendas, incendiadlas sin compasión ! En ellas mora el diablo y Dios nos manda que impongamos este castigo. ¡ Guerra !



... un demonio llagado por las llamas...



Y el fuego voraz surgió siniestramente de la primera morada indígena. Y las llamas, azotadas por el viento, prendieron en la vivienda vecina, y en la otra, y en la otra.

Entonces sucedió lo inesperado. De aquel infierno chirriante, de aquella hoguera inmensa que teñía el Cielo de rojo y henchía el ambiente de una humareda asfixiante, surgió la desmoralizada hueste enemiga, pero enloquecida, enfurecida hasta tal punto, que los europeos hubieron de retroceder.

Delante iba un jefe, un demonio llagado por las llamas, que lanzaba feroces gritos y sembraba la muerte por doquier con satánica infalibilidad.

Tanto como las certeras flechas de los enemigos, aterró a los europeos la expresión horrenda de sus rostros. Babeaban, rugían, se lanzaban a la lid con ceguedad de suicidas.

Magallanes quiso ordenar una retirada en regla, pero al volverse se encontró con que solo ocho valientes le acompañaban.

Con ellos retrocedió hasta la playa, defendiéndose valientemente pero ya sin la menor esperanza de salir de allí con vida.

Una lanza le hirió en un brazo y él buscó

la mano enemiga y dió con el indígena en el suelo de un solo golpe.

Otra lanza se hincó en su pierna y otro indígena rodó sin vida por la arena húmeda.

Pero eran muchos, eran muchas las lanzas y las flechas que iban clavándose en su cuerpo. Momento llegó en que cada una de sus piernas era una mancha roja y cada uno de sus brazos un torrente de sangre.

Por fin una mano más certera hizo sangrar su pecho.

Y ya todo fué inútil. Magallanes se desplomó y cien indígenas cayeron sobre él, acribillándole, destrozándole.

Cuando los demás huyeron y llegaron a bordo con la noticia de que el comandante había muerto, hubo un momento de doloroso estupor.

Así murió el gran navegante y guerrero don Hernando de Magallanes.



Se reclamó su cadáver, pero los indígenas no lo quisieron entregar.

No mucho tiempo después, la escuadra llegaba a las Molucas al mando de Juan Sebas-

tián de El Cano (1), primero Maestro y después Capitán de la *Victoria*.

Y, de las Molucas, regresaron a Europa por el Sur de Africa.

He aquí cómo dió la vuelta al mundo soñada por Magallanes.

Véase el tomo, Juan Sebastián El Cano.

EL VIAJE EN SU ASPÉCTO CIENTÍFICO

X



EN el siglo XV, las especias que se producían en las famosos islas que llevan este mismo nombre, además del de Molucas, llegaban a Europa por el mar Rojo. De las Islas de las Especias eran transportadas a las Indias y allí iban a recogerlas los comerciantes europeos. Por el mar Rojo, y por el Nilo después, eran conducidas a los puertos de Egipto, adonde iban por ellas los navíos italianos.

También se realizó este comercio por el golfo pérsico, los mares Negro y Caspio y el Mediterráneo, siendo siempre los italianos los encargados de esparcir las especias por Europa.

Esta larga y difícil travesía, era causa

de que tales productos tuvieran un alto precio, lo cual fué a su vez motivo de que los europeos concibieran la idea de proporcionárselos directamente.

Se sabía que ciertos navegantes, partiendo del mar Rojo, habían llegado al Mediterráneo por el estrecho de Gibraltar, y de esto se dedujo que bajando por el Atlántico hacia el sur de Africa y navegando después al Este se podía llegar a las Indias y, por lo tanto, a las islas de las Especies.

En el año mil cuatrocientos noventa y siete los portugueses, en una expedición dirigida por Vasco de Gama, doblaron el cabo de Buena Esperanza y, costeando el Africa oriental, llegaron a Calicut y después a las islas de las Especies.

Mas tarde, Magallanes, cuya cultura geográfica era excepcional, como sabemos, concibió el propósito de dirigirse a las Molucas bordeando América, esto es, siguiendo una dirección opuesta a la que siguiera Vasco de Gama en el año mil cuatrocientos noventa y siete. Pero, ofendido con los gobiernos de su patria por lo mal que habían sabido apreciar sus méritos, pasó a España para proponer

a Carlos V realizar la expedición al servicio de nuestro país.

Carlos V estaba ausente y fué el cardenal Cisneros, su primer ministro y regente de España en su ausencia, el que se encargó de examinar el proyecto detenidamente.

Basándose en la redondez de la tierra, Magallanes logró convencer al cardenal, no solo de que se podía hacer por el Oeste el camino que se hacía por el Este, sino también de que las islas Molucas estaban en la parte de la Tierra que pertenecía a España según la línea de demarcación.

Para dar más fuerza a su afirmación, Magallanes apeló a la autoridad del famoso astrólogo de aquella época Ruy Faleiro, el que, compás en mano, demostró sobre el mapamundi que las islas de las Especias, por su situación, pertenecían a España.

Era indudable, pues, que el descubrimiento de la nueva ruta imaginada por Magallanes, reportaría a España un gran beneficio.

De aquí que se concediera al gran navegante lo que solicitaba y que el diez de agosto de mil quinientos diez y nueve partiera de

Sevilla, entre la expectación que es de suponer, la siguiente escuadra :

Trinidad, de ciento treinta y dos toneñadas y al mando del almirante, cargo que, naturalmente correspondía a Magallanes.

San Antonio, de ciento catorce toneladas y al mando de Juan de Cartagena.

Concepción, de ciento ocho toneladas y al mando del capitán Quesada.

Victoria, de unas toneladas menos que la *Concepción* y al mando de Luis de Mendoza.

Y *Santiago*, de poco menos tonelaje que la *Victoria* y al mando de Juan Serrano.

La tripulación, en total, componíase de doscientas treinta y siete personas.

De ellas, treinta y tantas eran portuguesas y ocupaban cargos muy importantes en la escuadra, aparte los capitanes, pues de éstos todos menos Magallanes eran españoles.

Odoardo Barbosa y Esteban Gómez, pilotos de la *Trinidad* ; Luis Alonso de Goes y Vasco Gallego, de la *Victoria* ; Serrano y Juan López de Carvallo, de la *Concepción*, y Juan Rodríguez de Meofrapil de la nao *San Antonio*, todos ellos eran portugueses.

El resto de los tripulantes eran españoles, franceses, italianos y flamencos.

Entre los españoles figuraba Juan Sebastián de Elcano, nombrado por Magallanes maestro de la nao *Concepción*, el cual, muerto el jefe de la expedición en Matán, se encargó de dirigir la escuadra, terminando el famoso viaje.

El Cano era natural de Guetaria (Guipúzcoa) y todo en él demostraba la voluntad y la entereza de ánimo que le sirvieron para conquistarse el primer puesto en la inolvidable epopeya.

También formaba parte de la dotación de la escuadra Francisco Antonio Pigafetta, navegante y escritor italiano de noble estirpe, al cual embarcó Magallanes como sobresaliente en la nao *Trinidad*.

La escuadra descendió por el Guadalquivir hasta Sanlúcar, puerto donde se acabaron de hacer las provisiones, y de aquí partieron definitivamente las cinco naos el día veinte de septiembre.

Antes de hacerse a la mar, Magallanes había dado las oportunas órdenes respecto a la

disciplina, y establecido las siguientes reglas :

Su nao iría siempre delante de las otras, y para que no se perdiese de vista durante la noche llevaría en la popa un farol.

Si además del farol encendía una cuerda de esparto, las otras naos debían hacer lo mismo para demostrar que seguían a la *Trinidad*.

Si encendía dos fuegos estando el farol apagado, ello significaba cambio de dirección.

Tres fuegos indicaban que se debían quitar las bonetas, pequeñas velas que se colocan sobre las mayores cuando se quiere coger más viento y, por lo tanto, acelerar la marcha.

Si encendía cuatro fuegos quería decir que se arriaran todas las velas, pero si éstas estaban plegadas, las cuatro luces significaban lo contrario, esto es, que se desplegaran.

Muchos fuegos o unos cuantos bombardazos indicarían que la escuadra se aproximaba a una costa y que había que navegar con precaución.

La escuadra, como hemos dicho, descen-

dió por el Guadalquivir y se detuvo en Sanlúcar para acabar de aprovisionarse.

Como decimos, el día veinte de septiembre partió de Sanlúcar y, navegando hacia el Sudoeste, llegó el veintiseis a Tenerife (Canarias).

Allí estuvo unos días y, reanudando el viaje el tres de octubre, pasó por las islas de Cabo Verde, pues navegaban directamente hacia el Sur, y el trece de diciembre llegó a Río Janeiro.

Al proseguir el viaje trece días después, la escuadra ya no hizo sino bordear siempre hacia el Sur la costa americana, llegando el diez y nueve de mayo de mil quinientos veinte al puerto de San Julián.

Fué en este punto donde la escuadra tuvo que lamentar la pérdida de la nao *Santiago*, que naufragó al destacarse para reconocer la costa.

En estas tierras y sobre la cima de una montaña, los viajeros, antes de partir, plantaron una cruz que indicaba la toma de posesión en nombre del rey de España.

El veintiuno de agosto, la escuadra prosiguió su ruta siempre hacia el Sur, y el día

veintiuno de octubre llegó al estrecho que en seguida había de llamarse de Magallanes.

En el hallazgo de este estrecho cifraba Magallanes todas sus esperanzas, pues, de no haber dado con él, difícilmente hubiera podido pasar a la otra parte del continente americano para seguir después camino de las Islas de las Especias.

Magallanes, como hemos dicho, tenía una confianza ciega en que hallaría este estrecho: revolviendo los archivos del rey de Portugal, lo había visto trazado en un mapa del famoso cosmógrafo Martín de Bohemia.

En este punto Magallanes sufrió un nuevo contratiempo. La nao *San Antonio* abandonó la escuadra, regresando a España por el mismo camino que acababa de hacer.

El piloto de este navío era entonces el portugués Esteban Gómez, el cual odiaba profundamente a Magallanes, pues cuanto éste pasó a España para proponer el viaje que estaba realizando, aquél había pedido y estaba a punto de conseguir el mando de unas carabelas para realizar una expedición que no tenía más objeto que hacer nuevos descubrimientos. La aceptación del proyecto de

Magallanes fué causa de que se desatendiera el suyo, no pudiendo Gómez sino obtener una plaza subalterna de piloto en la expedición que iba a verificar el navegante portugués. Este mismo hecho de tener que estar a las órdenes de un compatriota, le ponía fuera de sí.

De aquí que aprovechara la primera coyuntura para dar suelta a su odio.

Cuando Magallanes envió a las naos *Concepción* y *San Antonio* a explorar el estrecho, Esteban Gómez, aprovechando la oscuridad de la noche, se confabuló con otros tripulantes de la nave y encadenando y hasta hiriendo al capitán del *San Antonio*, entonces Alvaro de Mezquita, primo hermano de Magallanes, viraron en redondo cuando la *Concepción* había quedado muy atrás a causa de sus pocas condiciones marineras, y emprendieron el regreso a España.

Mientras tanto, Magallanes, por otro canal del estrecho, había descubierto su salida al mar—que en seguida llamaron Pacífico por la tranquilidad de sus aguas—y cuál no sería su sorpresa cuando, al volver en busca de las dos naos que enviara a

explorar el otro brazo del estrecho, se encontrara con que el *San Antonio* había desaparecido.

Después de buscar vanamente la nave perdida, la escuadra reanudó su ruta, desembocando en el Pacífico el día veintiocho de Noviembre.

Navegando con rumbo al Noroeste, llegó el seis de marzo de mil quinientos veintiuno a las Islas de los Ladrones o Marianas.

Otras muchas islas recorrieron, al continuar la navegación, y al fin anclaron en la isla Matán en el mes siguiente, o sea en abril.

Allí fué donde Magallanes murió en un combate con los indígenas de aquella isla, dando lugar a que se nombraran gobernadores de la escuadra a Odoardo Barbosa, portugués, y Juan Serrano, español.

Mas también estos nuevos jefes tuvieron un mal fin en aquellas islas.

Tras la muerte de Magallanes, su esclavo Enrique, que también había sido herido en el combate, aprovechó esta circunstancia para llevarse una vida regalada.

Tumbábase en la cubierta de la nao, y allí se pasaba el día tranquilamente.

Odoardo de Barbosa lo reprendió severamente por su conducta y entonces Enrique, bajando a tierra, se concertó con el rey, que acababa de hacerse cristiano, de las islas de Zubú, para apoderarse de la escuadra y de todas sus mercancías antes de que prosiguieran el viaje.

El día primero de mayo, por la mañana, el rey cristiano envió a decir a los gobernadores de la escuadra que quería hacer un regalo de piedras preciosas al rey de España, y que, para hacer la entrega de ellas, rogaba a los nuevos jefes de la expedición fueran a comer a la isla acompañados de algunos de sus súbditos.

Así lo hicieron.

Juan Carvajo y su ayudante, que habían acompañado a los jefes, volvieron en seguida a las naos, sospechando que habían tramado alguna traición contra ellos.

En efecto, pronto oyeron un extraño tumulto de voces y gemidos.

Levando anclas en seguida, las naos se acercaron a la costa e hicieron funcionar las

bombardas. Pero fué inútil. Por mucho miedo que tuvieran al fuego aquellos salvajes, ya no se pudo evitar nada, pues de todos cuantos habían ido a la isla, sólo Juan Serrano quedaba vivo.

Esto lo supieron porque el mismo Juan Serrano apareció en la orilla atado y conducido por los salvajes.

Juan Serrano rogó que no dispararan más bombardazos, pues, de lo contrario, le asesinarían a él también.

Y como los de la nave le preguntaran por la suerte que habían corrido sus compañeros, Serrano dijo que sólo él quedaba vivo, aparte el esclavo Enrique, el cual se había puesto de parte del enemigo apenas se iniciara la reyerta, lo que indicaba que todo había sido una traición preparada por éste de antemano.

Juan Serrano pidió que se le rescatara por mercancías, pero Carvajo y los principales de la tripulación, convinieron que era sumamente peligroso entablar nuevas relaciones con los indígenas de Zubú. Así pues, por mucho que les doliera, hubieron de abandonar a Serrano prosiguiendo el viaje.

Continuaron la ruta hacia la isla de Bobol, situada a diez y ocho leguas de Zubú y allí, en vista de que la tripulación era insuficiente para las tres naves que quedaban, decidieron abandonar la *Concepción*.

Tras muchos días de navegación y después de haber pasado por multitud de islas, la *Trinidad* y la *Victoria* llegaron a las islas Molucas.

El jefe supremo de la expedición era ya Juan Sebastián Elcano, el cual había conquistado este puesto a fuerza de méritos.

Muertos Barbosa y abandonado en Zubú Serrano, algunos otros pasaron por el puesto de comandante general, pero todos, por una causa o por otra, hubieron de abandonarlo.

Al fin, la tripulación se dió cuenta de que si alguien podía desempeñar dicho cargo, mandando con energía y con acierto, dando ánimos a los que desfallecieren y ayudando a los que lo necesitasen, ese alguien era El Cano.

De aquí que cuando el ocho de noviembre de mil quinientos veintiuno llegaran a Tadore (primera de las islas Molucas que des-

cubrieron), fuera el gran El Cano el que llevaba el mando de la expedición.

Grande fué la alegría de los expedicionarios cuando supieron que se hallaban en las islas por el descubrimiento de las cuales, habían salido hacía más de dos años de España.

Y grande fué también la sorpresa de los navegantes cuando vieron que aquellos mares eran despejados y tranquilos, pues los portugueses, con objeto de que nadie más que ellos pudieran comerciar con las especias, habían propalado la falsa noticia de que las Molucas estaban situadas en medio de un mar innavegable a causa de los arrecifes que surgían por doquier, y de las espesísimas nieblas que empañaban de continuo el ambiente.

La escuadra hizo provisión, por una cantidad insignificante de dinero, de clavos de especia, jengibre, arroz, nueces de coco, bananas y demás preciosos productos de aquellas islas, y después de haber hecho contrato con los jefes de aquellas tribus, las cuales prometieron ser fieles al rey de España,

prosiguieron su ruta por el camino ya conocido del sur de Africa.

Esto aconteció el veintiuno de diciembre de mil quinientos veintiuno.

La escuadra se componía ya de una sola nao: la *Victoria*. La *Trinidad* había sufrido una avería y hubo de quedarse en una de las islas de las Especies.

La tripulación de la *Victoria* estaba integrada por cuarenta y siete europeos y trece indios. He aquí a lo que se habían reducido los doscientos treinta y siete navegantes que partieron de España.

A partir de aquí, todo fueron desventuras para los expedicionarios. Tempestades, epidemias, peligros sin cuento. Además, en las islas Molucas, un portugués amigo había dicho a El Cano que, enterados en Portugal de que había salido de Sanlúcar una escuadra en busca de las islas de las Especies, se habían enviado varias naos para que les hicieran frente, impidiendo que pudieran regresar a España. Así, los españoles no sabrían nunca donde se hallaban ni por dónde se iba a las islas Molucas, que-

dando para ellos, los portugueses, la exclusiva de comerciar con sus productos.

Pero la escuadra enviada por Portugal había sido víctima de violentos temporales y no había pasado del cabo de Buena Esperanza, donde aguardaban a los expedicionarios para hacerles guerra.

De aquí que El Cano hubiera de seguir una ruta difícil e improvisada, con objeto de esquivar al enemigo.

Por fin, el seis de mayo de mil quinientos veintidos doblaron el Cabo de Buena Esperanza, y el nueve de julio, se detuvieron en las islas de Cabo Verde para aprovisionarse.

De los sesenta hombres que salieron de las Molucas sólo quedaban ya pocos más de dos docenas. Las enfermedades habían hecho en la tripulación estragos, y hubieran muerto todos, de no decidirse a detenerse en la isla de Santiago para aprovisionarse, pues el hambre comenzaba a hacerse sentir. Mas las islas de Cabo Verde pertenecían a la tierra enemiga y El Cano hubo de obrar con sumo tiento,

Envió a tierra una chalupa cargada de hombres y recomendó a éstos dijeran que no iban allí precisamente por víveres, sino por materiales para reparar una avería que había sufrido la nao.

Y de tal modo se las compusieron los tripulantes de la pequeña embarcación, que no sólo hicieron creer esto a los enemigos, si no también que venían de las costas de América y no de Africa.

La chalupa fué dos veces a tierra y dos veces volvió con abundantes víveres, más, al hacer el tercer viaje, fueron apresados los trece hombres que la tripulaban, pues se había descubierto el ardid.

La *Victoria* se apresuró a continuar la ruta, porque también a ella trataron de apresarla, y el seis de septiembre de mil quinientos veintidos entró en Sanlúcar, después de haber dado la vuelta al mundo en tres años menos catorce días.

La tripulación sólo constaba ya, de diez y ocho hombres.

Estos diez y ocho hombres causaron en el pueblo de Sevilla un gran pánico al cruzar sus calles, harapientos y enflaquecidos.

Pronto corrió por España la noticia de la proeza realizada por El Cano, y Carlos V le mandó llamar, haciéndole relatar detalladamente las peripecias del viaje.

Después de felicitarlo calurosamente cuando hubo hablado, Carlos V concedió a El Cano un escudo de armas con los emblemas de las especias y una inscripción que decía :

Primus circumdedisti me

lo cual hacía alusión al primer viaje en torno del globo realizado por él.

Mas tarde le señaló una pensión vitalicia de quinientos ducados al año.

No sólo por España, si no por toda Europa corrió la noticia de la proeza comenzada por Magallanes y terminada por El Cano ; España estaba de enhorabuena. El descubrimiento de las Molucas representaba para nuestra patria un espléndido negocio, con el que aumentarían rápidamente las riquezas del país.

De aquí que los portugueses, corroidos por la envidia, promovieran un animoso debate acerca de la situación de las Molucas, pues alegaban que éstas pertenecían a Portugal según la demarcación de Alejandro VI.

Nombróse por parte de cada uno de los países una comisión compuesta por tres letrados, tres pilotos y tres astrónomos, y se entabló una discusión que no hubiera terminado nunca, si Carlos V no hubiese resuelto darle fin del siguiente modo: Compró al rey de Portugal todos los derechos que pudiesen tener sobre las Molucas, por trescientos cincuenta mil ducados de oro.

Así fué como España quedó dueña absoluta de lo que merced a tantos sacrificios había conquistado.



El día cuatro de agosto de mil quinientos veintiséis, cuando realizaba un nuevo viaje a las Molucas entregó su alma a Dios Juan Sebastián El Cano, aquel hombre fuerte, ejemplar heroico, que lo dió todo por España y por el mar.

Y el mar fué su sepultura. El Pacífico recogió su cuerpo en un amplio abrazo y se lo tragó para siempre, quién sabe si con amor porque había sido su constante compañero, quién sabe si con el placer vengativo

de ser al fin dueño de quien tantas veces había demostrado que era dueño de él.

Estos nuevos navegantes, al arrojar al mar el cuerpo sin vida de El Cano y rezar por él, no olvidaron de incluir en sus oraciones a otro héroe de gloria imperecedera, a don Hernando de Magallanes, el portugués que dió a España todo cuanto era y valía.

FIN



de los años...
habiendo...
Estos...
me...
que...
con...
a...
que...
que...



125

de los años...
habiendo...
Estos...
me...
que...
con...
a...
que...
que...

